El Ruedo

Joselito de la Cal

El Ruedo

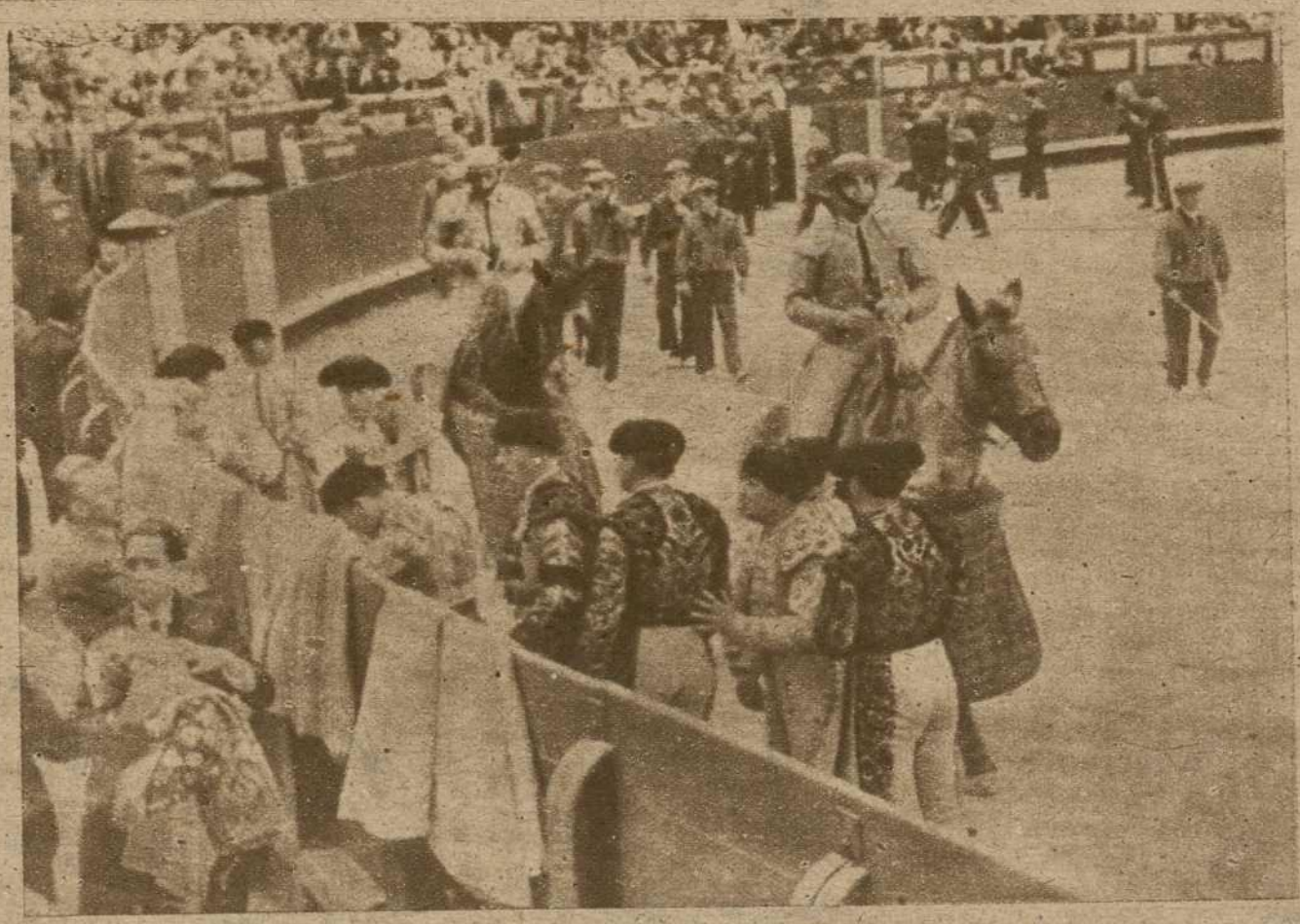
Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28. Teléfs. 265091-265092
Administración: Alfonso XII, 26.—Telef. 214460

Director: MANUEL CASANOVA

Año V - Madrid, 8 de abril de 1948 - N.º 198



«Morenito de Talavera» y las tres cuadrillas reglamentarias cambian los capotillos de paseo por los de brega (*Fot. Cifra*)

CADA SEMANA

La fuerza de obligar que tienen los gestos

HAY ciertos gestos, como ciertos apellidos, que honran mucho, pero que obligan a más. Encerrarse con seis toros, en un domingo del mes de abril, en la primera Plaza del mundo, que es, o que era, la de las Ventas, supone: o una decisión de triunfar a toda costa, o una equivocación lamentable. Y esta es la que ha cometido Emiliano de la Casa, "Morenito de Talavera".

Acaso no sea de él toda la culpa, sino que deba repartir la responsabilidad entre los que le aconsejaron y quienes lo consintieron. Es difícil poner límite a las aspiraciones humanas; pero las corridas de toros no surgen por generación espontánea. Requieren un cálculo, un ambiente, una organización, y en el trámite bien pudo haber un alma piadosa que llamara a la sensatez. Ni "Morenito de Talavera" ha sido nunca un torero variado, de muchos recursos; ni actualmente está en forma para acometer tan considerable empeño; ni la Plaza de Toros de Madrid debe servir para ensayos ni como centro de recuperación.

Se dirá que si la Empresa debió corresponder de otra manera a la afición que le asiste. Mas tendremos que acabar por dar a la Empresa la razón. Si con estos carteles de novilladas y corridas llena la Plaza, ¿para qué se va a preocupar de mejorarlos? ¡Tonta sería! Es posible que no debiera bastarle una única consideración de tipo económico. Todavía, de momento, de lo que haga la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid depende un poco el porvenir de la Fiesta, y eso ya envolvería una responsabilidad grave, de orden moral. Pero desde el momento en que se da de lado a preocupación tan respetable, ya puede admitirse todo. ¿Cómo es posible inclinarla a la rectificación, si las advertencias leales que se le hacen son desatendidas y si el público abarrota las Ventas, anuncien lo que anuncien? Hace bien. Para sus intereses; pero hace bien.

Lo del domingo, ya decimos que fué una equivocación lamentable. Bien quisiéramos extraer, de todo lo que ocurrió durante dos horas interminables, algo en que basar un elogio y un aliento. No hemos podido encontrarlo. Si no se estima como cruel, lo único que se nos ocurre, parodiando un título de Pirandello, es pensar que lo que hubo fué "seis toros en busca de un torero". Habría tenido "Morenito de Talavera" algún arresto, algún arranque, y el público le hubiera animado y le hubiera perdonado muchas cosas, con el mismo buen deseo con que le tributó una ovación en el paseíllo. Pero no fué así. "Morenito de Talavera" salió ya como abrumado, vencido, sin responder al gesto con que él mismo se había obligado, y que nadie le exigió. Mas deplorable todo, cuanto que don Manuel Arranz envió una corrida brava, sin peso exagerado y cabeza cómoda, de la que, por lo menos, cuatro toros eran toros de "faena".

Nada más lejos de nuestro propósito que acentuar la censura para un muchacho que, por su valor, tuvo un momento brillante en la torería contemporánea. Es seguro que su ilusión fué más allá que sus fuerzas. No debió embarcarse en esta aventura, o, mejor dicho, no le debieron dejar embarcarse, que este es el primer mal que comentamos.

No hubo cosa mencionable en la labor de "Morenito de Talavera". Apenas algún lance, acaso un par de banderillas, buscando por los pelos un punto de apoyo. Lo peor, su desgana, la sensación de que estaba cumpliendo un compromiso penoso.

El público, que, contra lo que se diga, iba bien dispuesto, le esperó hasta el tercer toro, un ejemplar precioso que hizo buena pelea en varas y embistió por derecho. De ahí en adelante no quiso ocultar su decepción y su malhumor. Era, una vez más, ver malbaratadas su ingenuidad y su afición. Ni siquiera se le respetó en su derecho cuando pidió que se le diera la vuelta al ruedo al tercer toro. ¿Por qué? ¿Qué autoridad tiene el jefe de mulilleros para adoptar por su cuenta una decisión contraria a los deseos del público, al que antes se le llamaba "respetable"? ¿Es que todo han de ser deberes?

Equivocación lamentable la del domingo, que exponemos tal como ocurrió, perdidas ya, ¡ay!, todas las esperanzas que habíamos puesto en una colaboración sincera para el mejor porvenir de nuestra incomparable Fiesta. Puede el baile continuar.

EMECE

EL LAPIZ EN "EL RUEDO"

LA CORRIDA DEL DOMINGO, por Antonio Casero

Seis toros de Arranz para Morenito de Talavera

1

1.—El segundo toro, bravo y con poder, echándose sobre los lomos caballo y caballero...

2.—Un quite del sobresaliente, en el quinto toro

3.—*Eso* lo vimos al picar el cuarto toro

4.—El mismo animal, rematando en tablas a la salida del chiquero

2

3.

4

ANTONIO CASERO

A VISTA DE TENDIDO

No hay papel.--La "colada".--Uniéndonos a un ruego.--Bronca y broncas.--Pasa un avión.--Pitos y siseos.--¿Quieres no torear más?.--La corrida se despeña

«Morenito de Talavera», matador único, con el señor Cartier, que presidió la corrida

SE agotó el papel en la Plaza de las Ventas el pasado domingo. Cuando llegamos a las puertas del coso no quedaban localidades y una muchedumbre de espectadores pululaba con desolación sin saber qué hacer. Los recompradores del domingo anterior se habían convertido en revendedores nuevamente. Al fin encontramos a uno de esos hombres que ofrecían «la entrada que le había sobrado a un señor» y que se mostraba muy moderado en el sobreprecio. Al entrar en el tendido, «Morenito de Talavera» había sufrido ya la «colada» al intentar un natural a su primer toro, «colada» que, según los técnicos de la psicología experimental, tuvo la culpa de cuanto pasó o, mejor dicho, de cuanto no pasó después.

Ocupamos nuestro asiento, y algunos espectadores nos contaron con todo lujo de detalles sus casos respectivos, rogándonos que lo hiciéramos público en esta sección. Y sus casos eran los de todos los aficionados que sufren insuficiencia de medios de comunicación para trasladarse a las Ventas. «Los autobuses y las camionetas —me dijeron— van en su inmensa mayoría al fútbol. Pedimos que haya equidad.» Nos unimos a su ruego, como antes se decía en las croniquillas municipales.

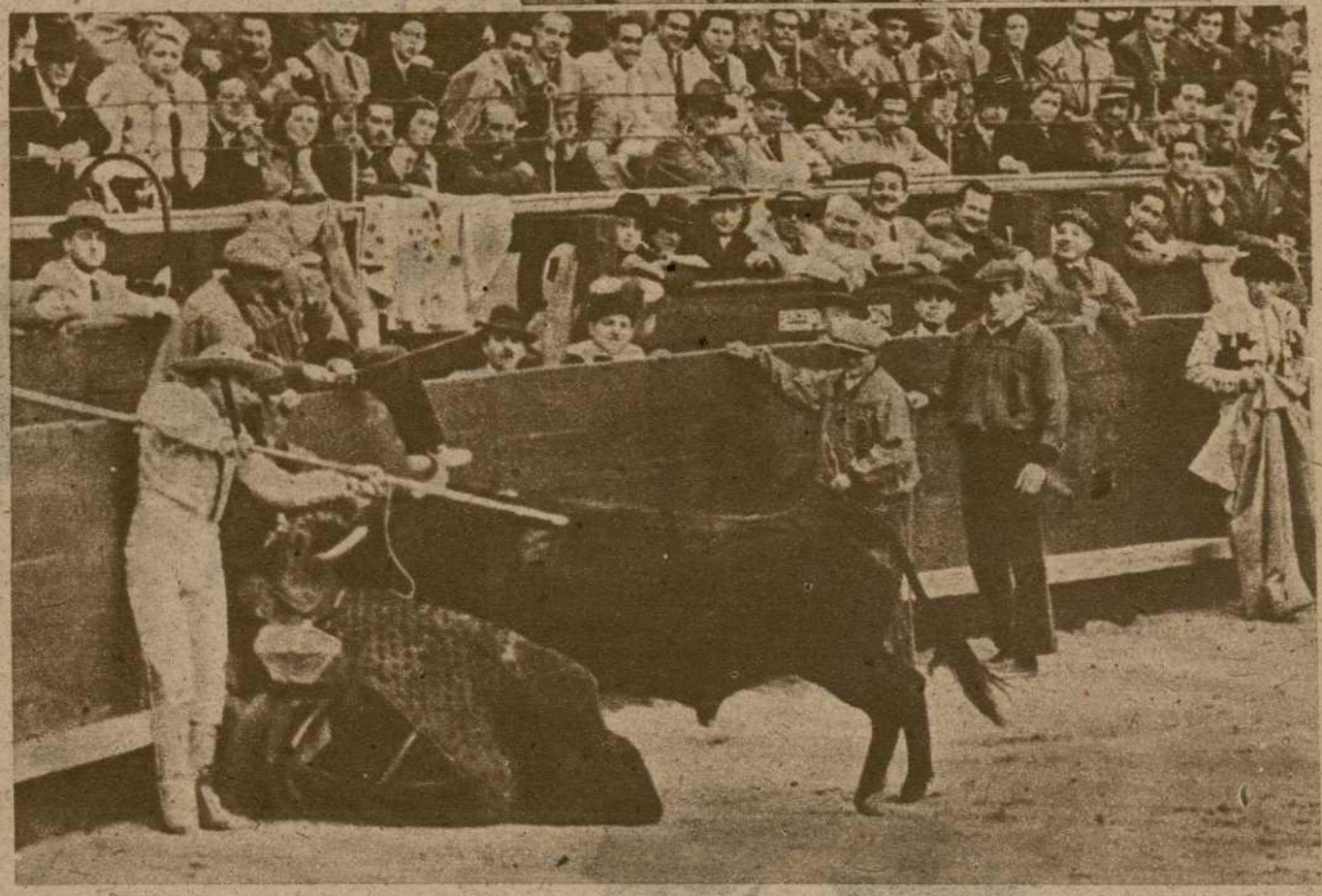
«Morenito» sigue desconfiado, pero el «respetable» todavía espera algo, y no ha perdido del todo la paciencia. «Le ha pegado dos buenos lances al segundo» —afirma un optimista—. Y el desconfiado replica: «¡Bueno!... Y eso, ¿qué es?...» Un peón corre muy bien el toro a una mano. Los morenos aplauden, y los rubios —o los que fuman rubio— también.

El que se las da de entendido, explica: «Cuando un diestro se encierra con seis bichos tiene que reservarse, ¿sabe usted?... Por eso no quiere salir el de Talavera de los terrenos del nueve y busca la sombra y el no ajetrearse mucho...» «¿Y por eso también torea de perfil y se va al rabo?» —contesta el disidente—... Comienza la gaita y empiezan las broncas antes de salir el tercero de la tarde.

Pasa por el aire limpio y claro el proyectil con alas de un avión. Al ruido de los motores, todos levantamos la cabeza, pensando que los pasajeros del aeroplano pensarán, a su vez, que nosotros estamos pensando en ellos. Es algo así como cuando uno se asoma a un espejo con otro espejo que recoge la imagen del espejo primero. Una impresión turbadora y bochornosa, un tobogán de ideas extrañas que nos distraen de lo que sucede en el ruedo.

Se aplaude la salida del tercer toro, tan bonito de lámina como de costal. Pero el «Moreno» sigue sin hacer nada. En los tendidos de sol se toca la «Media capita» a dos pitos. Un silbato inicia la primera parte, y otro contesta: «De ojén»... El de Talavera deja que los subalternos salgan a banderillear; pero luego, en vista de que parte del público le pide que coja los palos, se decide..., para desistir al cabo de un instante en vista de que otros espectadores le instan para que se abstenga. Y al llegar la hora de la muleta, sólo piensa en la cercanía y el abrigo del burladero. Por cierto que una de las veces está a punto de herir a los peones con el estoque, a causa de las apreturas y del barullo.

Ya el tercero ha muerto de mala manera, casi mancándole la punta del sable bajo la piel, y en el cuarto un picador, descabalgado, sostiene el puyazo a pie como si inventara una suerte nueva, un poco a la portuguesa, al estilo de los «forcados». Un rehiletero se equivoca en dos palmos y pone las banderillas casi en el rabo. Le gritan: «¡Estás a la



El picador resulta desmontado y no abandona la suerte. Todo en la foto es tranquilo y hasta sonriente. Nada da la sensación de que el picador pueda estar en peligro

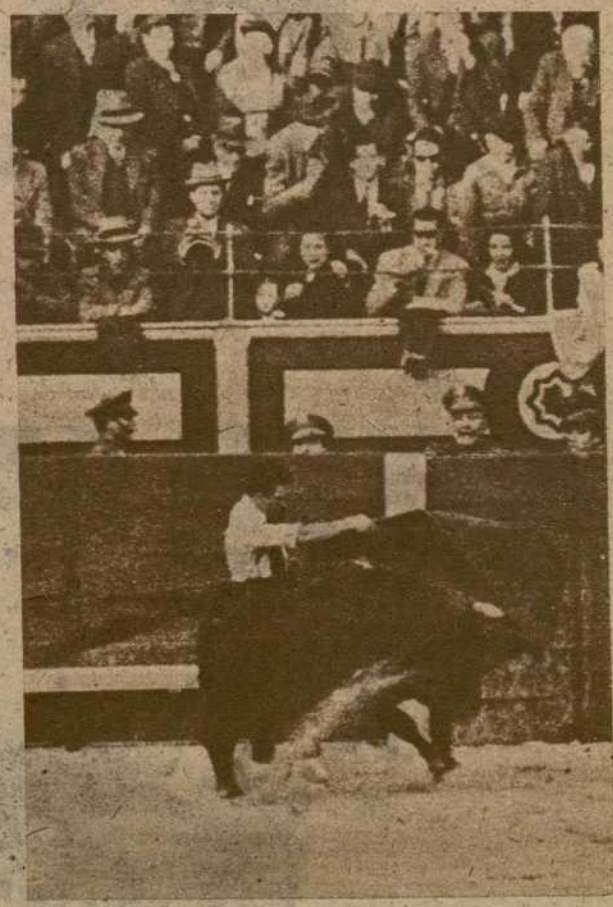
altura del maestro, a la altura de las circunstancias!»... Cuando el matador toma la roja franela, hay siseos de guasa fina: «¡Callarse que ahora va a hacer algo!» Pero tampoco pasa nada, y la agonía del morlaco es larga y está llena de espesos coágulos de sangre. Al fin, el bicho da una arrancada peligrosa, que, por fortuna, sólo alcanza al «fenómeno» en una mano.

Se recrudece la bronca en el quinto. Y se arroja a la arena el espontáneo de turno, que es despedido con una gran ovación después de haber salvado la vida en unos apurados y comprometidos pases contra las tablas. «Morenito» pone unos vulgarísimos pares de banderillas. Se le nota a la legua que quiere acabar pronto y de cualquier manera, y los chuscos le dicen a guisa de consejo: «¿Quieres no torear más?... Pues tira una almohadilla para que te cojan los guardias y te lleven...» Otros juegan con los vocablos: «Moreno: nos tienes negros».

Si antes el de Talavera cambiaba continuamente de capotes, ahora pasa el tiempo sustituyendo la espada por el estoque de descabello y éste por la espada. No consigue llegar a un acuerdo consigo. Desde aquí hasta el final, la corrida no rueda, se despeña, y sólo pueden salvarse unos lances de frente por detrás dados con gracia y valor por el sobresaliente. El aburrimiento y el hastío se adueñan y enseñorean de la Plaza. Nada de nada de nada. ¿Para qué se habrá encerrado este muchacho con seis toros?... ¿Dónde están su voluntad y dominio?... Mientras el diestro se va con la cabeza baja, rasga nuestros tímpanos la pita final.

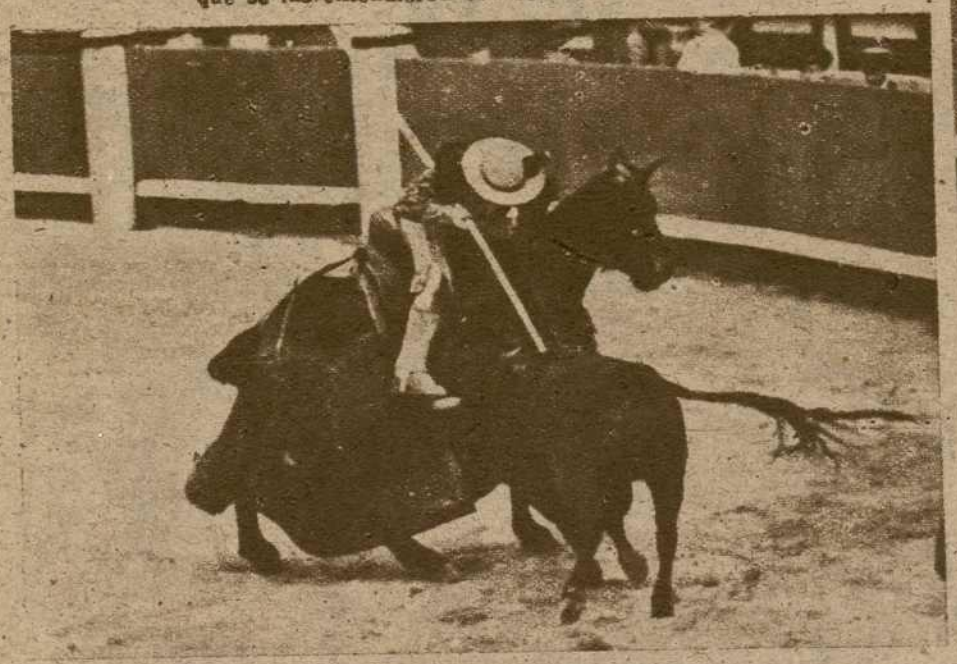
ALFREDO MARQUERIE

Uno de los pases que dió el espontáneo
(*Fotos Baldomero y Cifra*)

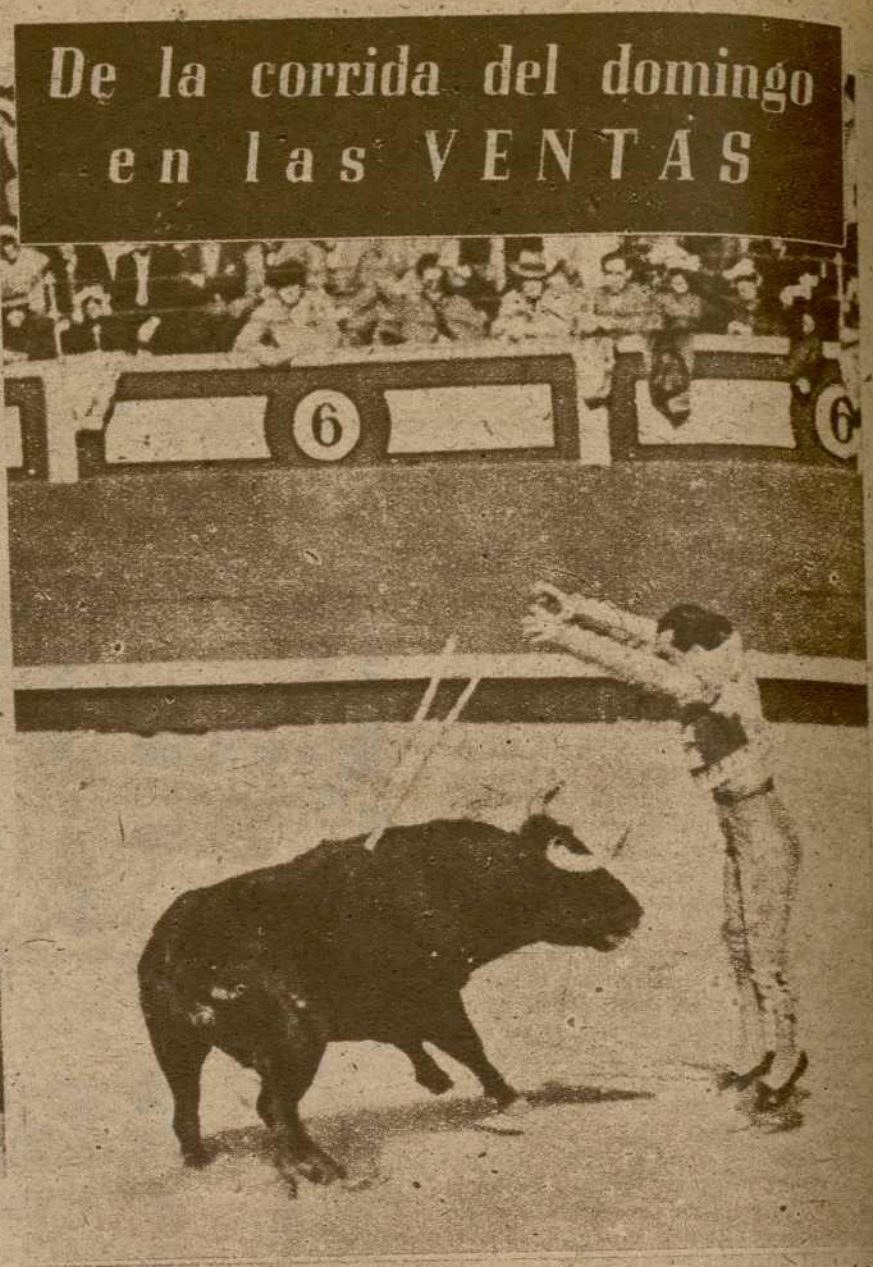


De la corrida del domingo en las VENTAS

«Morenito de Talavera», el sobresaliente «Niño de la Estrella» y las cuadrillas que se las entendieron con seis toros de Arranz



Un buen puyazo en el primer toro



«Morenito de Talavera», en un par de banderillas →

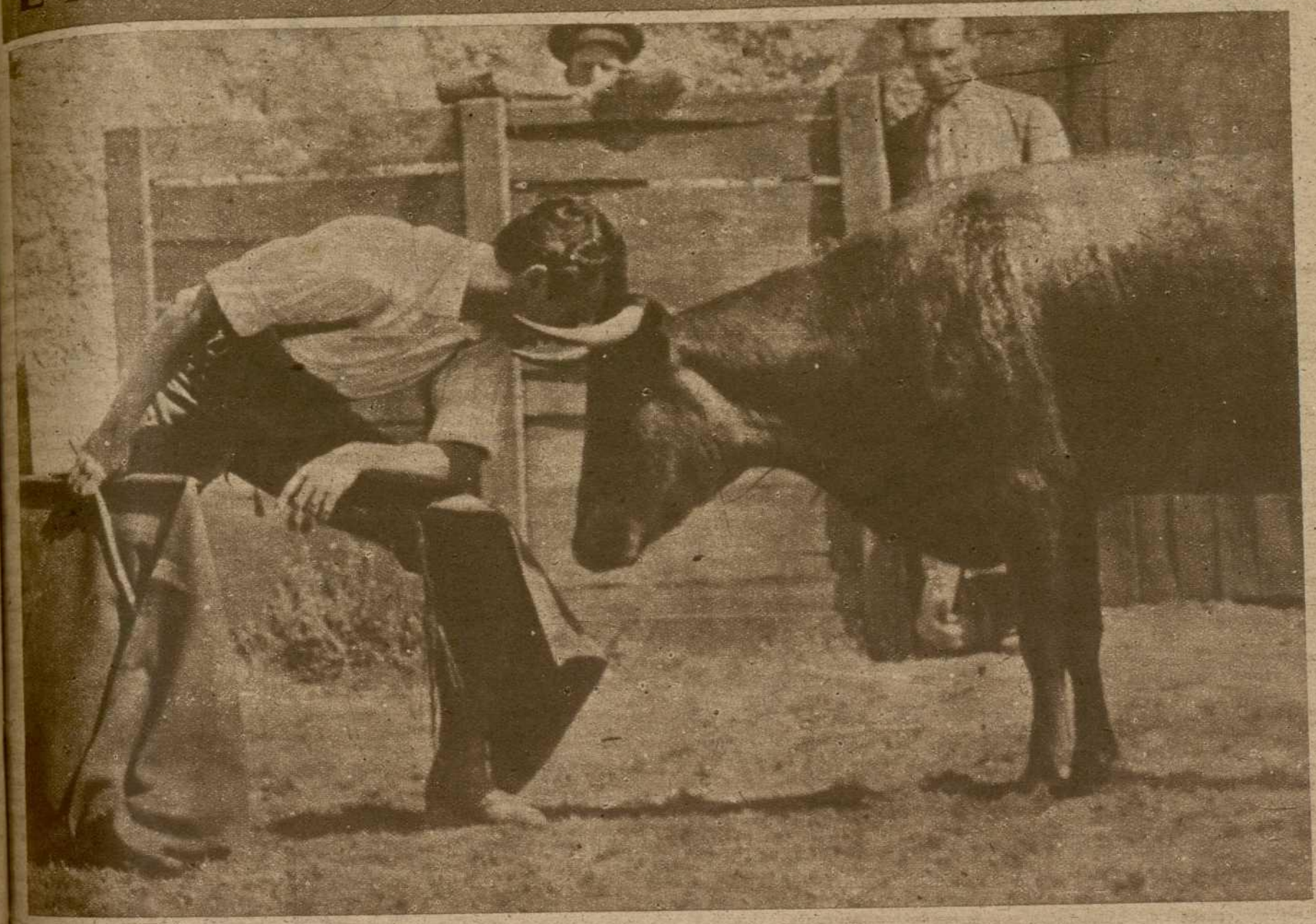
Emiliano de la Casa dobiándose con la muleta en su primer toro

En el único natural que intentó «Morenito de Talavera», salió achuchado y desistió de continuar

El sobresaliente «Niño de la Estrella», que fué muy aplaudido en un quite (*Fotos Baldomero*)

Cada uno pica como puede

EL DOMINIO DEL TORO: ENTREGA A LA VOCACION



Reproducimos el siguiente artículo, publicado en el diario madrileño "A B C":

HA quedado lejos la algarabía policroma de los circos taurinos. No hay multitud en los tendidos, como no hay brillo de majos caireles en el cuerpo del torero.

Faena de tentadero en la finca de un famoso ganadero castellano. Luis Miguel Dominguín —sencillo atuendo campero, en el que pone un juvenil matiz moderno y deportivo la camisola arremangada— torea ante unos pocos amigos.

Y torea sin esperanza de ovaciones, que son premio de gloria y riqueza, un toraco grande, de finos pitones, de intenciones broncas.

En la tierra removida de la placeta ha sido la pugna arriesgada y difícil. Sin fintas engañosas ni concesiones a una galería que no existe. En este silencio del campo se oye el resoplar de la fiera y el sordo latigazo de la roja franela. Aquí todo es verdad. Sin aparato, sin teatro. El muchacho incita al toro con la voz, con la pierna, con el pecho... Para encelarlo, para dominarlo al fin.

Y cuando ya lo tiene a su merced, serenamente, pausadamente, como para sellar el pacto de su soberanía sobre la fiera, se va inclinando sobre ella hasta posar la frente en el armado testuz.

El objetivo fotográfico ha logrado fijar este momento. Se ve perfectamente entre la hoz blanca de la cornamenta táurica el perfil del rostro del lidiador: sin una crispación de inquietud, sin el menor gesto de atención al peligro... Como si en vez de entre las puntas de una media luna mortal tuviera reclinada su frente sobre la almohada en que acaricia sus sueños juveniles de gloria...

Y el torero ha dejado tras sí la muleta —el engaño— para ofrecerse inerme en la seguridad de su victoria... Y su mano izquierda pende laxa, blanda, cierta de no tener que repeler ninguna agresión... Porque él sabe que su dominio, su triunfo sobre la fiera, son totales...

¿Cuándo ha realizado Luis Miguel esta proeza temeraria? Hace muy pocos días. Justamente, en el paréntesis de descanso entre dos corridas y cuando le esperan muchas corridas, muchos días de lucha y de riesgo ante los toros y ante los públicos.

¿Y por qué ese alarde, ese retar al peligro en la intimidad de una fiesta campera, sin precio de oro ni halago de laurel?

Quien no lo entienda no sabrá tampoco jamás comprender lo que el toreo y lo que todo arte humano significa de entrañablemente romántico, de holocausto vital a una noble, desinteresada ambición... Porque es bello por sí mismo —y ese afán basta para justificar toda una vida— escribir por el placer de escribir, y pintar por pintar, y hacer música por el único placer inefable de reproducir las armonías que la Naturaleza canta en nuestro oído...

Y es también bello torear por torear... Porque el toreo tiene también su armonía íntima, y es música y plástica y poema, valorizado por el simbólico dramatismo del triunfo del hombre sobre la bestia, de la inteligencia sobre la violencia, de la gracia sobre la fuerza.

Y Luis Miguel Dominguín, torero por abolengo, por intuitiva y entrañable vocación, torea porque es bello torear. «Joselito», ahito de glorias taurinas, cuando iba de una a otra Plaza, hacía detener su coche en plena carretera para saltar, como un principiante ávido de fama, a un cercado del camino y lancear a un toro descarriado que le llamara la atención en una pradera. Y después de una tarde triunfal en Sevilla, «Joselito», en vez de exhibirse en el ferial recibiendo halagos, se acostaba temprano para, con la aurora siguiente, irse al campo a torear, como entrenamiento para la corrida que le esperaba por la tarde en la Maestranza...

Luis Miguel es de esa casta, de esa línea, de esa condición excepcional de toreros para los que el toreo, por sí mismo —y no sólo por lo que brilla y lo que produce—, lo es todo...

El glorioso Benavente, en una de sus más admirables comedias, ha dicho: «Para que el arte nos dé vida, hay que dar antes toda nuestra vida al arte.»

Entrega total a la vocación, a la profesión, de la que sólo son capaces los verdaderos artistas...

Y ahora, una breve exégesis que nos place poner al margen de esta impresionante fotografía. Ved ahí a Luis Miguel Dominguín en total entrega y en total dominio de un toro poderoso, difícil, de malas intenciones.

En la Mitología clásica, Júpiter, el soberbio dictador del Olimpo, el de los deseos bestiales, se transformó en toro para conquistar, para raptar a Europa.

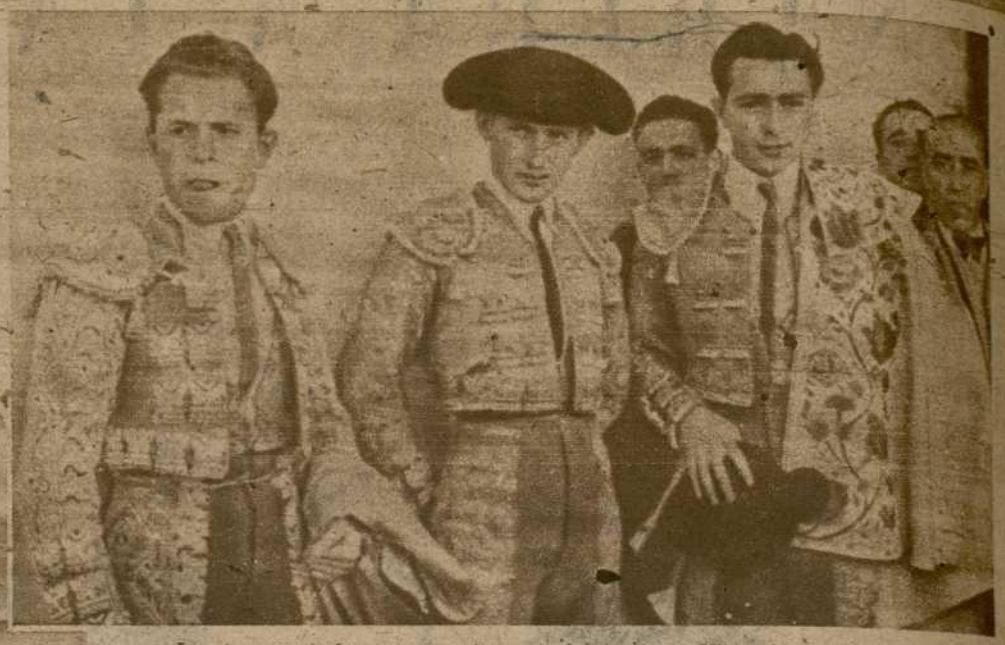
El Toro, pues, es enemigo de Europa. Y ahora pensad que el hombre de España, el hombre joven, diestro y valeroso de España, ha sido el primero y hasta hoy el único capaz de «torear», de dominar, de vencer al toro. Y hasta de hacer de su vencimiento un arte y una fiesta.

Y el hombre de España domina y vence al raptor, al violador de Europa, porque no pretende apaciguarlo ni se fía de mansedumbres transitorias y habilidosas... No. El hombre de España, el español, el torero, con ímpetu gallardo, juvenil y generoso, se mete entre los cuernos de la fiera, y como sabe jugarse alegre, generosa y gallardamente la vida, acaba por vencer a la bestia...

JUAN FERRAQUT

La novillada del jueves en VISTA-ALEGRE

Reses de Concha y Sierra para Juan Zamora, Juan Tarré y el cordobés José María Martorell, que hacía su presentación



Los tres matadores que actuaron el jueves en Vista-Alegre. El único caballero cubierto es Martorell. Tarré está un poco nervioso y saca la lengua al fotógrafo. Juan Zamora sonríe (*Fotos Cifra*)

Juan Zamora no ogró una actuación lucida, pero en algunos momentos estuvo decidido y valiente

Cogida de Tarré. Por fortuna, no pasó más que el susto y el coscorrón. Los dos fueron de categoría

Martorell en uno de los naturales que dió al primer novillo. Gustó el cordobés, que tiene clase y valor

Martorell cortó una oreja

TOREO bueno es el del, para nosotros, nuevo diestro José María Martorell; toreo que puede ser grande a poco que mejore en calidad y si aumenta en cantidad en no escasa proporción. Aquí, en José María Martorell, hay una promesa de gran torero. Las posibilidades de este muchacho cordobés son muchas.

Sorprendió a los aficionados la calidad de los naturales que Martorell dió al tercer novillo. A nosotros nos había dicho mucho la incomparable media verónica que dibujó en un quite. No pudo ser aquel lance consecuencia de la casualidad. Si sólo hubiera cuajado aquella media verónica, al salir de la Plaza de Vista Alegre José María Martorell hubiera contado con un espectador —es posible que algunos más hubieran apreciado también la perfección de aquel lance— que creía en él. Pero la verdad es que no gustó a la mayoría cuando toreó con el capote, aunque a nosotros nos pareciera que fué justamente toreando con la capa cuando logró su mejor momento. Un lance aislado, eso sí; pero un lance único por su calidad. El resto de su labor en el primer tercio fué mediocre. Tiene mucho que hacer aún; pero es de los pocos que pueden lograrlo todo. Queda apuntado que triunfó al torear por naturales. Triunfó rotundamente. Y, sin embargo, a nuestro entender, a Martorell le faltó algo. Le faltó correr un poquito más la mano. Un poco más y no habrá en la actualidad quien toree mejor que él al natural. Todo esto que vamos diciendo de Martorell lo escribimos sin tener para nada en cuenta que el cordobés es torero que empieza ahora. Podemos juzgarle así porque tiene clase suficiente para soportar un examen riguroso aún en estos momentos que son los de la iniciación de su carrera artística. A pesar de que su faena al tercero no fué completa, cortó la oreja. De haber logrado más consistencia su labor de conjunto en el tercero, tendríamos ahora que decir que no habíamos sido testigos de presentación más afortunada que la del joven diestro cordobés. Pero sí hemos de confesar que pocas veces hemos visto a un torero novel de las posibilidades de José María Martorell. En el sexto no pudo repetir lo que hizo en el tercero, pero estuvo bien y fué despedido con muchos aplausos. El domingo vuelve Martorell al ruedo de Vista Alegre. Extrañaríamos que no se vendan todas las localidades.

Juan Zamora no estuvo afortunado. Algún lance, y tal cual muletazo bien ejecutados no fueron suficientes para inclinar la balanza a su favor.

Juan Tarré patentizó una vez más que es un torero valiente. En su primero fué ovacionado. En el quinto —tuerto— cumplió decorosamente.

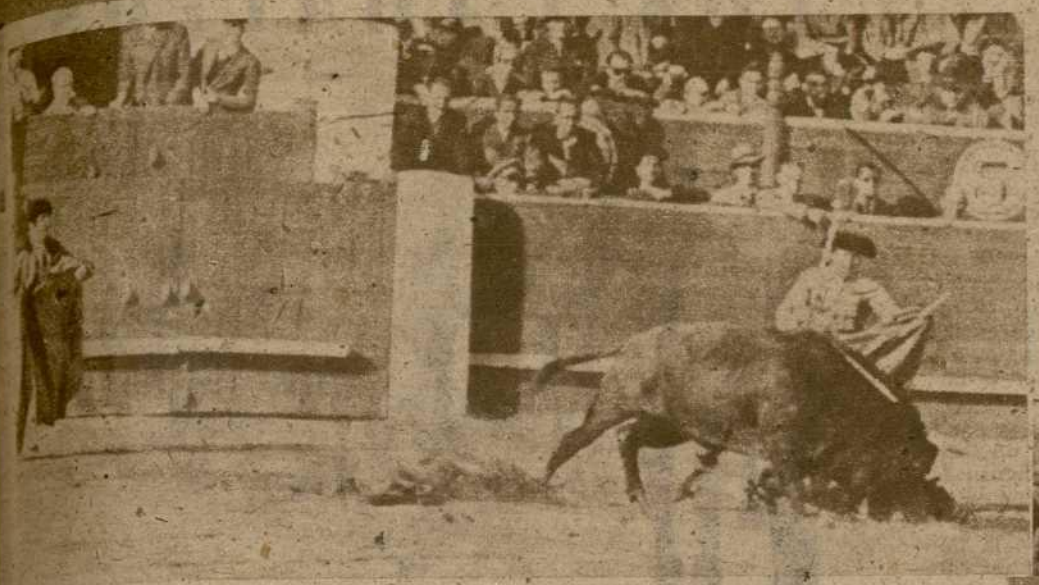
Los novillos, de Concha y Sierra, muy bien presentados, acusaron casta y genio.

Excepto el quin-to, no ofrecieron grandes dificultades.

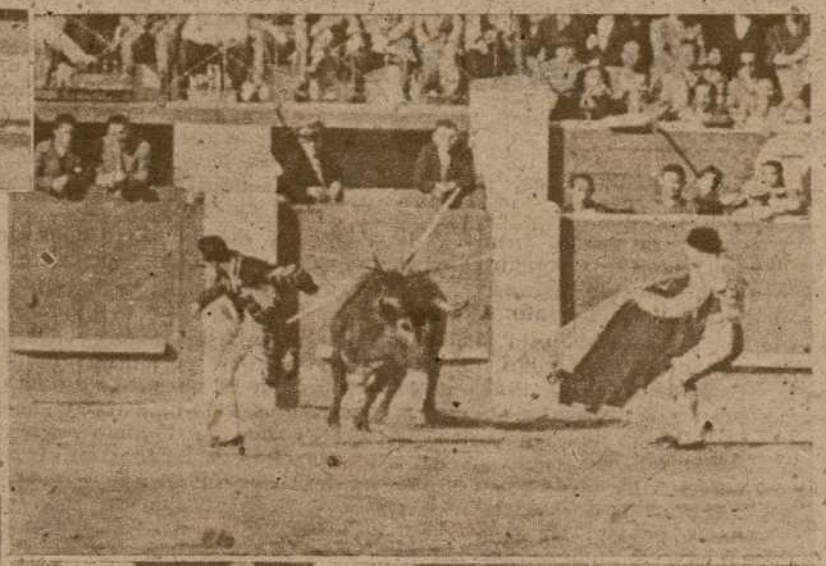
Gordillo bregó mucho y con acierto.

La corrida del domingo en VISTA-ALEGRE

Seis toros de doña Enriqueta de la Cova para "Morenito de Valencia", Luis Mata y Paco Lara



El primer toro de la corrida de Carabanchel cogió a «Morenito de Valencia»; y si bien es cierto que no le produjo lesión alguna, le causó serios quebrantos en el ánimo



Otra fase poco brillante de la lidia del primer toro: «Morenito de Valencia» huye, perdidos muleta y estoque y perdidas las esperanzas de acabar con el bicho

Retirado a la enfermería «Morenito», después de oír un aviso, cogió los trastos de matar Luis Mata. Tampoco estuvo afortunado. Lo mejor que se vió hacer a los matadores hay que anotárselo a Paco Lara →

LO mejor de la corrida del domingo en Carabanchel fueron los toros —no dirán lo mismo los toreros— de doña Enriqueta de la Cova, de magnífica estampa, algunos bravos y nobles y uno, el primero, peligroso. No debemos olvidar, a la hora de anotar lo bueno que vimos en la soporífera corrida, al picador «Aldeano», a los banderilleros «Chato de Zaragoza» y Escudero ni los excelentes lances que dió Paco Lara.

«Aldeano» el mayor picó soberbiamente al sexto. Para nuestro parecer sobraron los «adornos» del «Aldeano» al picar «mirando al tendido». Una «alegría» del gran picador que en nada mengua el indudable mérito de su labor y que el público celebró y premió con auténticas ovaciones. Conste en su descargo —si descargo precisa—, que se permitió tal adorno con un toro de poder y arrobas. Fué una gran tarde la del «Aldeano». Hubo otro picador que fué también ovacionado, pero la verdad es que picó para aliviar al matador más que para otra cosa, y si su labor fué excelente para el espada jefe de su cuadrilla, no tuvo el debido relieve en opinión de los buenos aficionados. Escudero y «Chato de Zaragoza» bregaron muy bien, y Paco Lara, como queda apuntado, tuvo momentos felices toreando con el capote.

El primer toro era difícil. «Morenito de Valencia» se desconfió a las primeras de cambio y no hizo nada a derechas. Con la muleta anduvo indeciso y torpe, sufrió varios achuchones, y al salir de uno de ellos, y después de haber entrado a matar varias veces y de recibir un aviso, se retiró a la enfermería, ante la general sorpresa. Cogió los trastos de matar Luis Mata. Intentó el descabello muchas veces, oyó otro aviso y vió, por fin, cómo doblaba el «regalo».

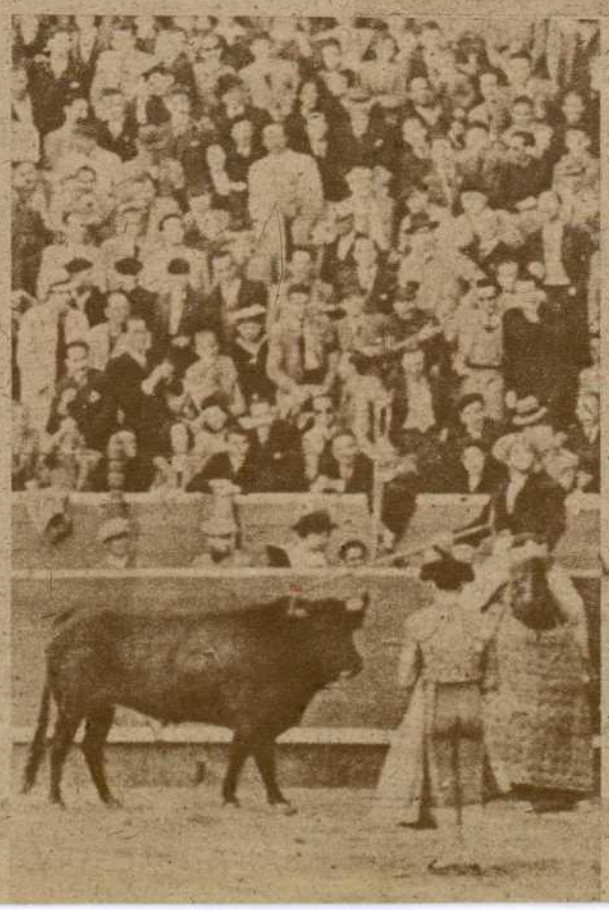
Mató el aragonés los toros corridos en segundo, cuarto y quinto lugar. Mata tiene fama de torero valiente y fama merecida. El domingo le falló el valor, y, en consecuencia, su labor no agradó ni con el capote ni con la muleta ni con el estoque. Una mala tarde la puede tener hasta Luis Mata, torero pundonoroso y valiente que el domingo se contentó con salir del paso. Suponemos que actuaciones como la que comentamos no serán frecuentes en el simpático diestro aragonés.

A Paco Lara se le aplaudieron algunos lances de capa. Nada más. La faena que hizo al tercero fué, en algunos momentos, apreciable; pero deslució su labor con el estoque. En el sexto no estuvo a la misma altura con la muleta y anduvo poco acertado con la espada.

Ninguno de los tres matadores pudo con los toros de doña Enriqueta de la Cova. Había que torearlos muy bien, y en el ruedo sólo hubo dos peones y un picador que sabían lo que hacían y por qué lo hacían. Los demás, con más o menos acierto en sus intervenciones, no aspiraban a más que a ver arrastrar los toros, cuanto antes mejor y fuera como fuera.

Consignemos, finalmente, que la lidia del primer toro duró cuarenta minutos.

BARICO



Aquí tienen nuestros lectores al «Aldeano» en la suerte de su invención, puesta en práctica con un toro de peso y edad. Las notas más brillantes del festejo las dió «El Aldeano» (*Fotos Cifra*)

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON

SON muchos los aficionados que nos acucian a continuar ocupándonos de la *penuria* con que se desenvuelve la temporada madrileña, incapaz, hasta la fecha, de lanzar un solo cartel de toros con ocho días siquiera de anticipación. "No crea usted —nos dice un comunicante— que esa huida de diestros de la Plaza de Madrid es cierta. Los toreros, en general, quieren torear en Madrid, y lo que ocurre es que pretenden rodear sus actuaciones de ciertas garantías, aspiración tan legítima, por lo menos, como la que puede tener la Empresa de ganar dinero."

Otro comunicante afirma más concretamente: "Me consta que un diestro como Luis Miguel Dominguín no ha recibido hasta la fecha en que le escribo esta carta (primero de abril) ni la más leve indicación de la Empresa para entablar las conversaciones conducentes a firmar un contrato."

En el mismo primero de abril nos escribe un aficionado muy conocido, cuyo nombre no damos por no hacernos en este sentido manifestación alguna, una extensa carta, de la que transcribimos el siguiente párrafo:

"Le he visto esta tarde en la Plaza de Vista Alegre, como he visto a tantos aficionados, toreros, apoderados y periodistas madrileños. Es natural; en la Plaza de las Ventas, en la nuestra, no había nada, pese a la festividad del día, y nos fuimos a la de Carabanchel, como la afligida madrileña de "La verbena de la Paloma". Pues bien; usted, que vió, como yo, a tantas personas destacadas en el mundillo taurino, ¿a que no vió a una siquiera que tuviese algo que ver con la Empresa de Madrid? Tal vez esta pregunta no le diga a usted nada; pero a mí me evidencia la absoluta falta de todos los elementos de aquélla, no ya de afición, sino del más leve espíritu de explotación de la hermosísima Plaza de Toros que detenta."

Con otras manifestaciones semejantes llega al final formulando una serie de soluciones "a este desaguisado que sufrimos los madrileños", de entre los cuales destaca la que se encierra en esta pregunta: "¿Es que no es rescindible el contrato de arrendamiento si el arrendatario no cumple un mínimo de obligaciones, estén o no estipuladas por escrito, ya que las exigen el decoro y el prestigio de la primera Plaza del mundo?"

Quisiéramos poder responder a esta pregunta; pero ya que no podemos, la lanzamos a la consideración de quienes quizá pudieran contestarla. La sufrida actitud de los aficionados madrileños concurriendo a la Plaza de las Ventas a los menguados y pobres espectáculos taurinos que ofrece la Empresa, no debe tomarse como base de explotación, sino de estímulo para organizar grandes carteles.

Por nuestra parte, nos dirigimos, una vez más, a la Empresa, con el ofrecimiento, en su servicio, de que en cuanto de nosotros dependa para facilitarle su tarea —que no por todo lo que llevamos dicho hoy y otros días dejamos de reconocer ardua—, estamos a su disposición en interés del público. Están bien la diplomacia y la cordialidad; pero no hasta el extremo que son llevadas. Cada día estamos más seguros de que si se decidiera a romper su mutismo, a poner boca arriba esas cartas que dice tener en sus manos, el público que hoy tiene se duplicaría.

No basta decir que "no quieren venir"; es preciso demostrarlo sin más demora, pues, de lo contrario, nadie, absolutamente nadie, creerá sus palabras.

A LOS COLECCIONISTAS DE «EL RUEDO»

Son numerosas las personas que se dirigen a nosotros interesando la adquisición de varios números de EL RUEDO cuya tirada en su momento se agotó.

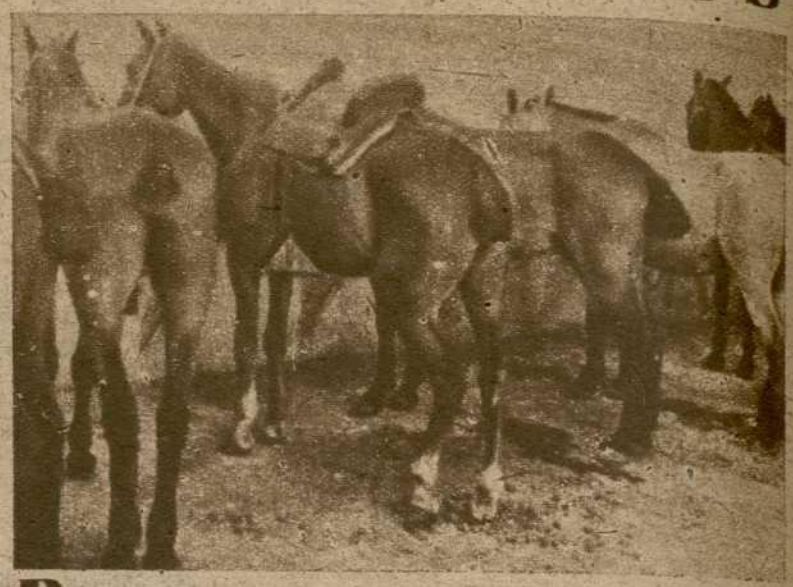
Se trata de los números 130, 131, 132 y 133, correspondientes a los días 19 y 26 de diciembre de 1946 y 3 y 10 de enero de 1947, que a muchos les faltan para completar y encuadernar sus colecciones.

Es propósito de la Gerencia de EL RUEDO reeditar tales números, a fin de satisfacer el deseo de tantos aficionados; y a este efecto, y para hacer un cálculo de la tirada a realizar, será conveniente que cuantos deseen adquirir esos números lo comuniquen a los Corresponsales administrativos de EL RUEDO, en provincias, o pasen nota directamente a nuestra Administración en Madrid, Alfonso XII, 26.

Acumuladas todas las peticiones, será el momento de reeditar tales números agotados.

EL PLANETA DE LOS TOROS

LOS CABALLOS



POR culpa de la suerte de varas ha sufrido y sufre la Fiesta de toros las más terribles y continuadas censuras, provenientes de aquellos a quienes su exquisita sensibilidad les impide soportar impertérritos la entrega de un infeliz caballo a un toro para que sacie con él su furor. ¿Los que esto toleramos sin aspavientos no poseemos esa exquisita sensibilidad? ¡Alto ahí! ¡Que cada uno guarda su exquisitez para sacarla en el momento oportuno! La Fiesta de toros es cruel. Esto está fuera de toda discusión. No es mi propósito aportar argumentos, por fuerza ya manifestados, archiconocidos, en defensa y justificación de esta reconocida crueldad. Aspiro a divagar un poco en torno a los caballos del planeta de los toros.

Porque es indudable que los tales caballos no tienen nada que ver con los caballos que por el mundo se ven. Muchos, de caballos sólo tienen la forma. Un escritor tan concienzudo como Antonio Fernández de Heredia («Hache»), en su «Doctrinal Tauromaco», dice, comentando un artículo de un Reglamento de corridas de toros, ya sin vigencia, que la causa de que ese artículo diga que queda prohibido en todo caso la admisión de caballos extranjeros y yeguas para ser utilizados por los picadores, se explica porque esos extranjeros caballos, «al menor rasguño, por insignificante que sea el que les haga el toro, se afligen de tal modo que no queda caballo».

¿No les causa a ustedes asombro tal aserción, que repuso verdadera por venir de quien viene? A mí no sólo me asombra, sino que me maravilla sobremanera. Confieso que ignoraba tal circunstancia. ¡De modo que un pobre jamelgo, un manojo de huesos recubiertos por una piel llena de lacras, resiste cornadas terribles, y con ellas sangrantes, vuelve a la cara del toro, y un pura sangre de extranjero origen, al más leve rasguño, «se aflige», como muy expresivamente dice «Hache», y se desploma hasta el extremo de «que no queda caballo»! ¡Olé por la raza española! Y no se vea en este vítor asomo de ferocidad. Toda mi compasión para esos pobres pancos, hoy tan defendidos por los petos; pero creo que esta piedad es compatible con la estupefacción que lo arrancó.

¡Ah, sí! Los caballos del planeta de los toros son caballos extraordinarios que nacieron en la tierra y que vulgares fueron hasta que de ella los sacaron para llevarles al fabuloso país taurino. Llegan a él decrépitos, tullidos, maltrechos; son especie de ex caballos y se truecan en héroes equinos. Van al toro con los ojos vendados y los oídos obstruídos, es cierto, pero conservan el olfato y, sobre todo, el instinto. La primera vez podrán ir engañados, pero no las restantes. Y, sin embargo, obedecen a la mano del picador que los manda avanzar, y avanzan y sienten en sus entrañas la acometida brutal del toro, y sienten la herida que desgarra sus enjutas y míseras carnes, y vuelven, no a la pelea, sino al sacrificio, con su mirada triste, con su belfo caído, con sus patas vacilantes. Todo en ellos está decaído, salvo una cosa: la sangre, la raza, el pundonor. Sí, ¿por qué no el pundonor? ¿Por qué el caballo, animal de fina sensibilidad, no ha de tener honor, honra, que es respeto y estima de la propia dignidad? La dignidad de no huir, de no ser cobarde, de saber morir, quizá con el abandono del vencido, pero también con digno decoro.

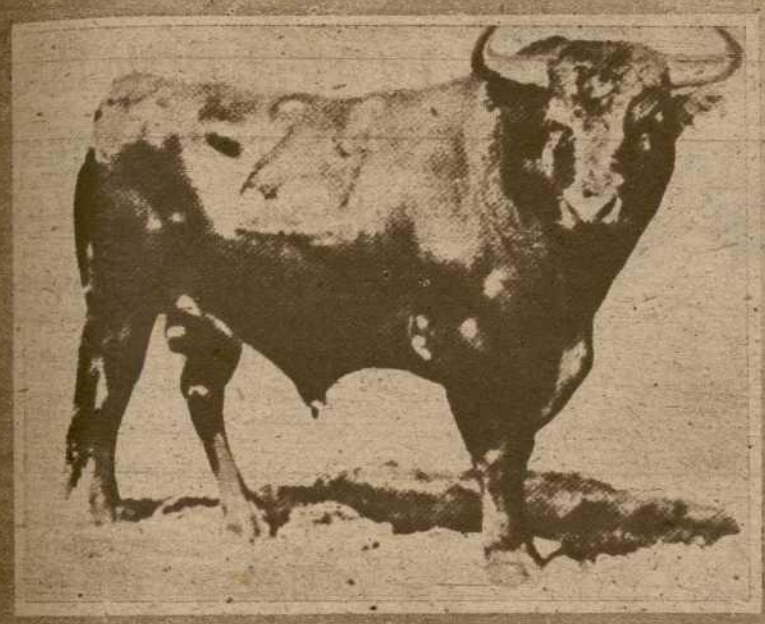
¡Jamelgo del planeta de los toros, alguien supo verte para inmortalizarte! Fué un pintor, un gran pintor, un aficionado, un gran aficionado que se llamó Ignacio Zuloaga. «La víctima de la Fiesta» tituló tu retrato, que es famoso en el mundo. ¿En verdad eres la víctima de la Fiesta? No. Tú antes de ir a la Fiesta ya eras una víctima. Explotaron tu fuerza y tus músculos, y cuando ya eras eso, el ex caballo, te vendieron, antes por unos duros, ahora por unos miles de pesetas; pero te vendieron, porque ya no servías para nada. Y entonces entras en el planeta de los toros conducido por un tratante, y te ofrecen paupérrimo pesebre en la cuadra lóbrega de una Plaza, donde esperas el día de la corrida, que es el día de tu gloria. Por la mañana llega un picador a probarte. Examina y comprueba tu docilidad. Casi siempre le satisface. ¡Y cómo no le va a satisfacer, si no puedes ni con el rabo! Y desde este momento ya te transformas. A las pocas horas sales al ruedo escoltando a unos hombres vestidos de oro. A los pocos minutos un toro te acribilla a cornadas. Antes las recibías a cuerpo limpio; ahora, en unas defensas muy feas, pero muy útiles. Estas defensas no son invulnerables. Una tarde un toro busca tu carne y la encuentra, y hunde en ella sus pitones hartos de cornear en una tela acolchada y allí termina tu avatar, jamelgo de los toros. Un fin como otro cualquiera, créeme a mí. Pero un fin admirable, porque pudiste resistir con todos los restos de tus fuerzas a exponerte a él y no lo hiciste, porque no eres un cobarde, jamelgo de los toros.

ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

GANADEROS DE ANTAÑO

DON JOAQUIN MURUVE

Don Joaquín Muruve, notable criador de toros bravos



«Escarapelo», bravo toro de la viuda de don Joaquín Muruve, lidiado en la corrida concurso de ganaderías, verificada el 16 de septiembre de 1909 en San Sebastián, que ganó el premio de 5.000 pesetas

El frondoso y nunca bien ponderado árbol de Vistahermosa procedía la vacada que tuvo don Joaquín Muruve, uno de los más inteligentes aficionados, y entendido criador de reses bravas de la región andaluza.

Buena era la ganadería, y mucho el crédito de que disfrutaba cuando se hizo cargo de la misma don Joaquín; pero justo es consignar que en su poder mejoró notablemente, alcanzando tal cartel los toros muruveños, que fueron solicitados con verdadero interés por las principales Plazas y por los más famosos espadas.

Sobre el primer tercio del pasado siglo fundó esta magnífica vacada don Manuel Suárez Cordero, vecino de Coria del Río, con reses de Lesaca, oriundas del conde de Vistahermosa, jugándose toros en Madrid por vez primera, a nombre del señor Suárez, con divisa rosa y caña, el día 6 de julio de 1840.

En 1850, al fallecer don Manuel Suárez, se dividió la ganadería entre sus hijos, don Manuel y doña Manuela, pasando la parte de ésta a engrosar la vacada de su esposo, don Anastasio Martín, según hicimos constar anteriormente, en otro artículo, y la de don Manuel fué vendida por éste a doña Dolores Monge, viuda de Muruve. Poco después aumentó doña Dolores la torada con 200 vacas de vientre y 50 machos, de la ganadería de don José Arias de Saavedra, hijo político de don Juan Domínguez Ortiz, más conocido por «El Barbero de Utrera», reses que provenían también, en línea directa, del tronco de Vistahermosa.

Con gran éxito se lidiaron por primera vez, en Madrid, toros a nombre de doña Dolores Monge, con divisa rosa y caña, en la tercera corrida de abono, verificada el 7 de abril de 1868, perdiendo esta antigüedad por jugar, el 13 de octubre de 1872, bichos con la divisa encarnada y negra, colores que, definitivamente adoptados, siguieron luciendo las reses desde la referida fecha.

De doña Dolores Monge pasó la ganadería a su hijo don Faustino Muruve, el que presentó toros en Madrid, por vez primera, la tarde del 29 de septiembre de 1899, cediéndosela más tarde a su hermano don Joaquín, nombre que aparece por primera vez en los carteles de la Plaza madrileña el 1 de mayo de 1897.

Si con algún ligero decaimiento llegaron los célebres muruveños a poder de don Joaquín, pronto recobraron las características perdidas. Convencido don Joaquín Muruve de que las reses de lidia requerían extraordinarios cuidados, como asimismo de que los animales criados en régimen de hambre o escasez no podían rendir igual que los mantenidos a placer, dedicó sus conocimientos y entusiasmo —que fueron muchos— a las dos tareas fundamentales en ganadería brava: la selección y la alimentación. En poco tiempo, los toros de Muruve recuperaron íntegramente las inestimables condiciones tradicionales de la casta, pudiendo afirmarse que, además, ganaron en trapío y suavidad.

Los bichos de esta ganadería resultaban superiores, lo mismo para el público que para los toreros. Eran finos, lustrosos, duros, de buena presencia, cortos de cuello, de recogida cabeza y, sobre todo, bravos como los que más, y nobles hasta la exageración.

Del cortijo «El Toruño» salían para las Plazas animales excepcionales, generalmente de pelo negro, que aumentaban sin cesar la fama de la divisa. Y en la mayoría de las corridas-concurso, o en las que se lidiaban toros de distintas ganaderías, en competencia, casi siempre ganaban el premio ofrecido los bravos y dóciles toros de Muruve.

A la muerte de don Joaquín, heredó a la ganadería su viuda, doña Tomasa Escribano, corriéndose los toros durante varios años a su nombre, sin que desmerecieran en nada en los cambios de dominio. Afortunadamente, la viudad de Muruve encargó la dirección de la vacada al competente aficionado y ganadero don Manuel Fernández Peña, quien supo mantener el buen cartel de las reses.

A principio del año 1917, don Juan Manuel Urquijo adquirió la torada de Muruve para su esposa, doña Carmen de Federico, a cuyo nombre se lidiaron toros por primera vez, en Madrid, con divisa encarnada y negra, el 15 de abril del indicado año.

Especialmente en manos de don Joaquín Muruve, y en las de doña Carmen de Federico, la vacada figuró en primer plano, por la inmejorable crianza e inigualable bravura de sus reses.

Si hiciéramos una lista de los toros notables que ha dado la ganadería de Muruve, desde que la compró doña Dolores Monge, hasta la fecha, la relación sería interminable. Tal es la cantidad de bichos de bandera producidos —algunos, relativamente modernos, y frescos todavía en la memoria de los aficionados—, que para citarlos necesitaríamos mayor espacio del que disponemos.

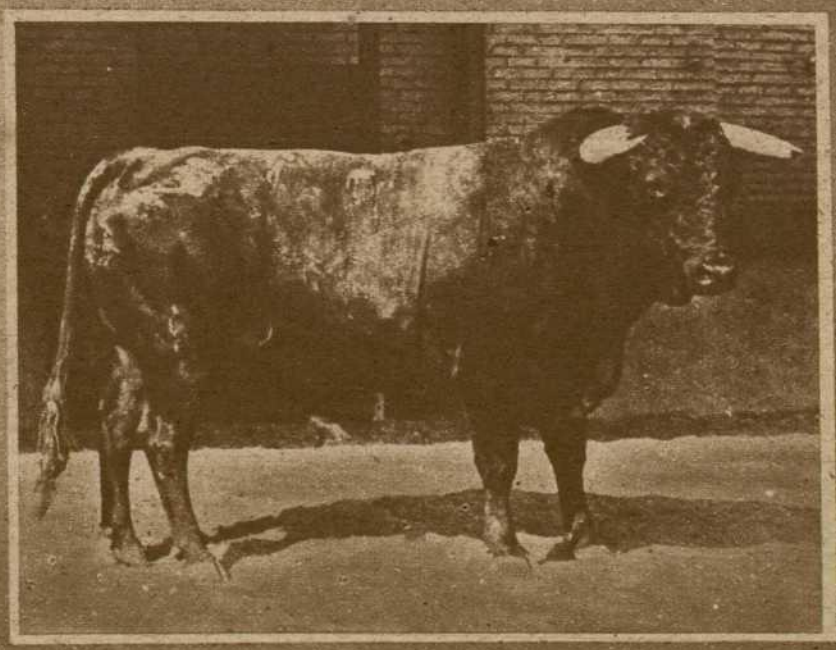
Base con erpresar que fueron muchísimos, que con sangre muruveña se formaron diversas y muy sobresalientes vacadas, y con ello está dicho todo.

Por fallecimiento de doña Carmen de Federico, ocurrido en San Sebastián, el 30 de septiembre de 1946, heredó la ganadería su hijo, don Antonio Urquijo, excelente aficionado, que actualmente la posee.

AREVA

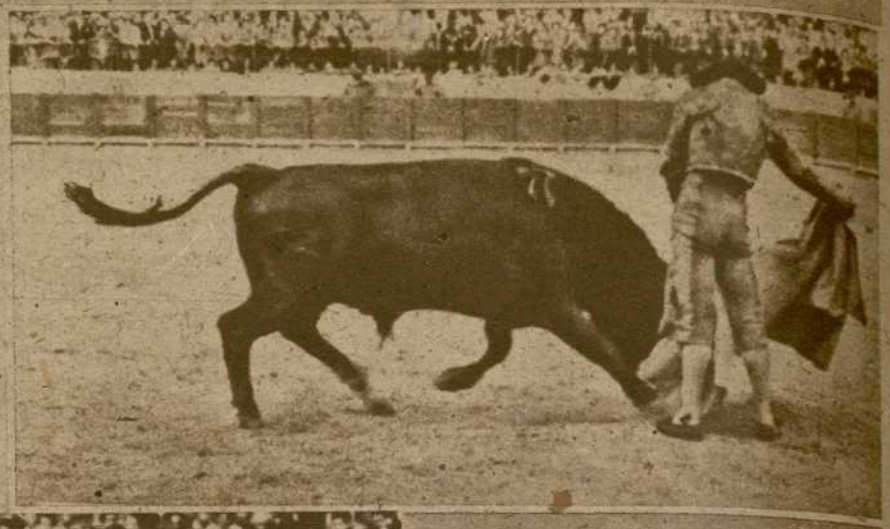
Doña Carmen de Federico, ilustre ganadera, que poseyó hasta su muerte la famosa vacada de Muruve

Típico «muruveño» de doña Carmen de Federico (*Foto Vaquero-Rodero*)



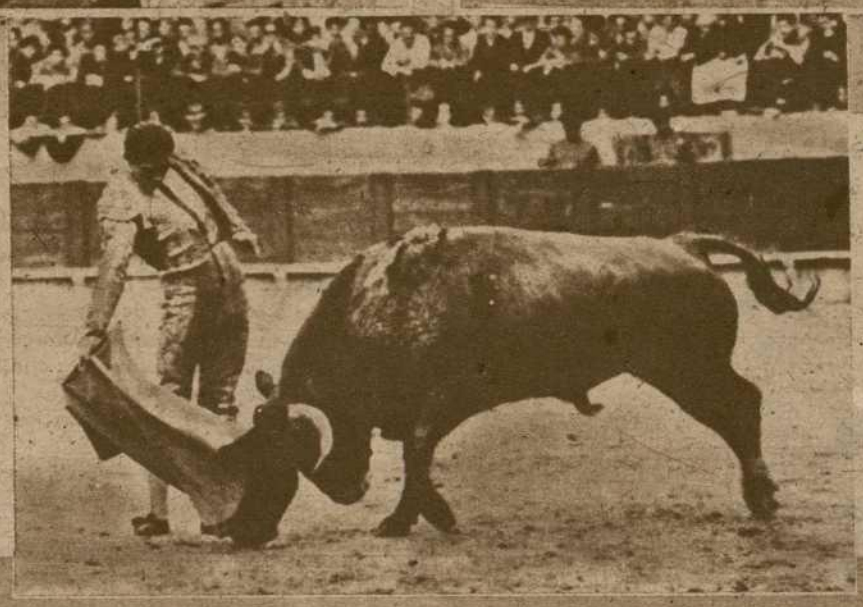
NOVILLADAS EN CORDOBA Y EN ALCALA DE HENARES

«Cardeño», Lagartijo y González



Un buen lance de «Cardeño»

En Córdoba, novillos de Calderón para Manolo González, «Cardeño» y Rafael Lagartijo

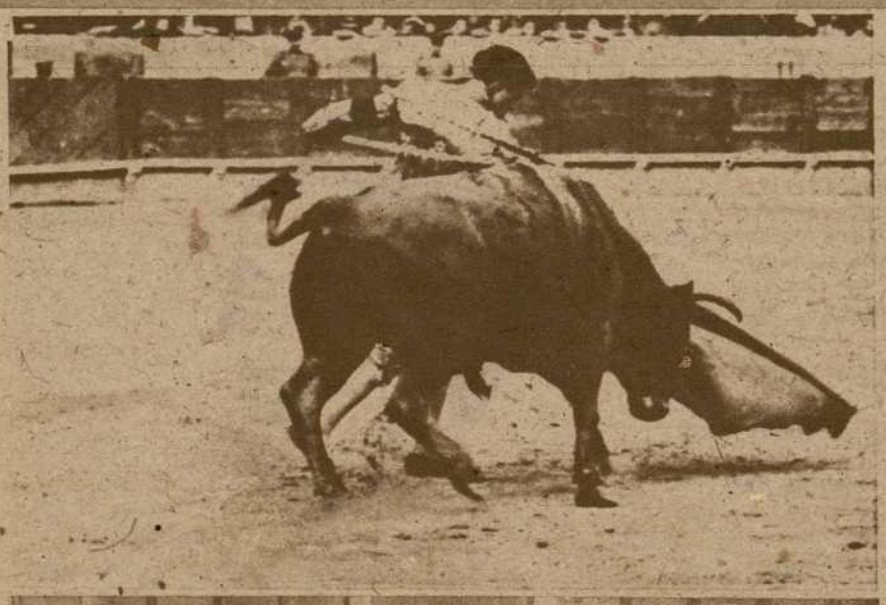


En Alcalá de Henares, ganado de Eugenio Ortega, y Pedrín Moreno y «Ribereño» como matadores

Rafaelito Lagartijo en un ayudado por bajo

El torero de Sanlúcar en un pase templado con la derecha

Manolo González durante la faena de muleta



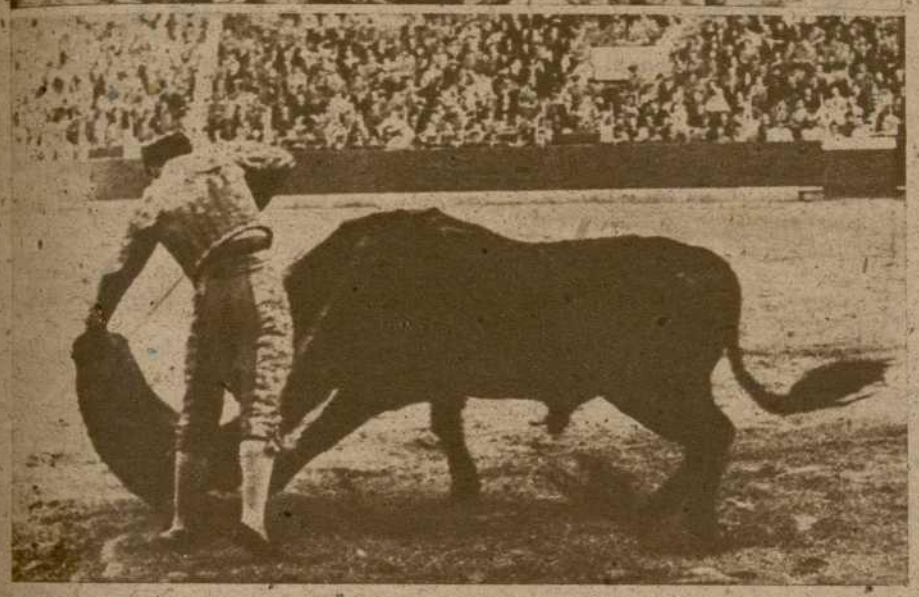
Pedrín Moreno mira al tendido durante la lidia del toro del que cortó la oreja

Un lance de «Ribereño» en la misma novillada

(Fotos Ricardo y Cano)

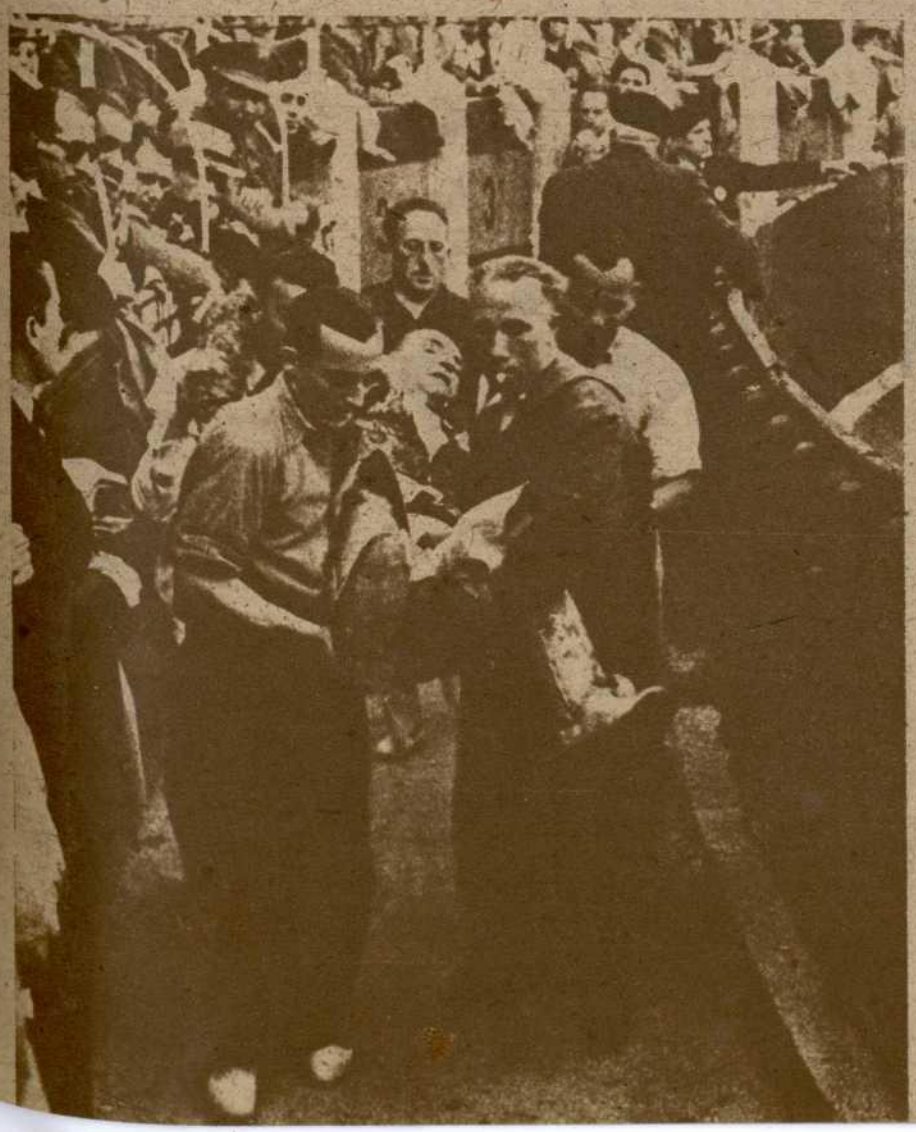
En Zaragoza mataron novillos de Miura: Juanito Zamora, Adolfo Rojas y Abelardo Moreno Reina

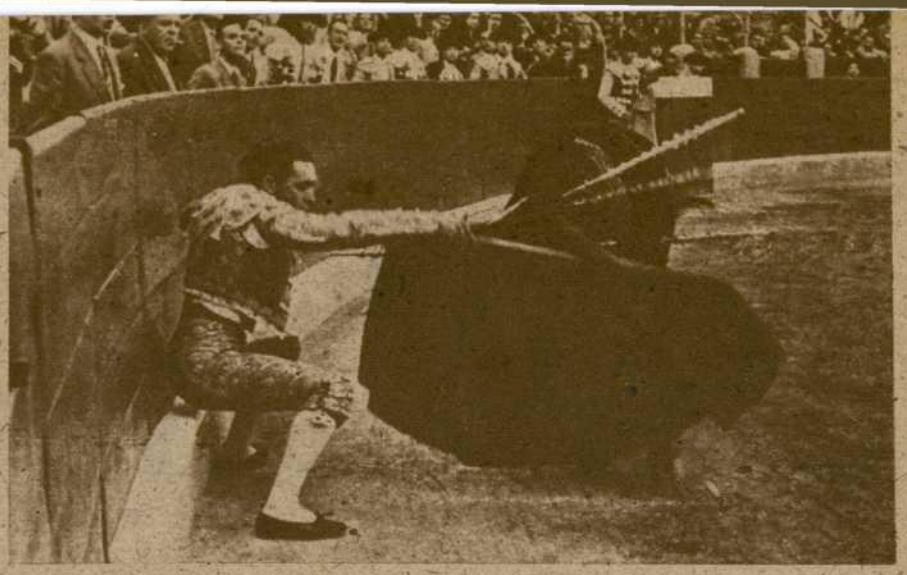
Moreno Reina cortó las orejas de su primero. - Resultaron lesionados los picadores Pablo Tobajas y José Useda, éste con la fractura de la pierna izquierda



Moreno Reina en un pase con la izquierda

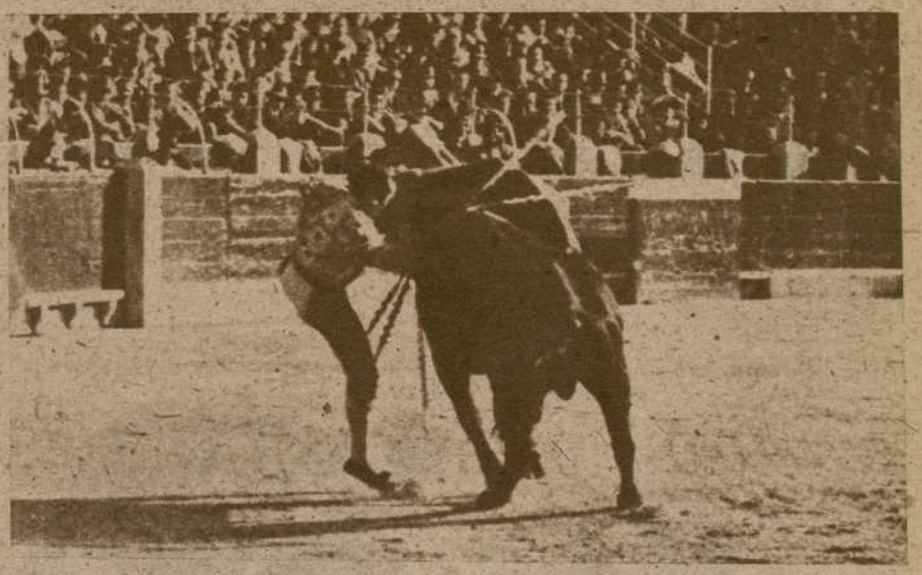
Caída del picador Pablo Tobajas, que resultó con fuerte conmoción cerebral



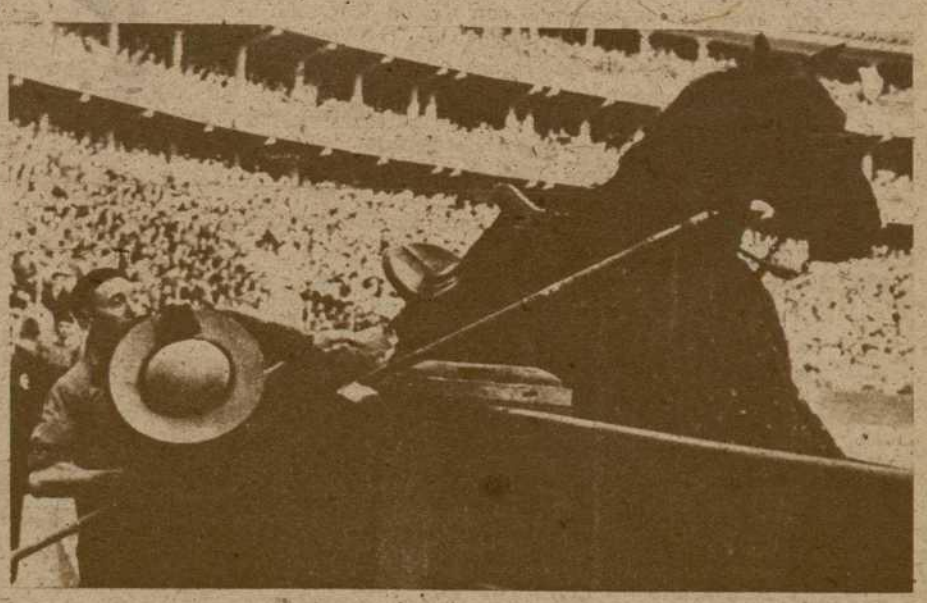


Juanito Zamora, Abelardo Moreno Reina y Adolfo Rojas

Juanito Zamora inicia la faena de muleta con un pase sentado en el estribo



Adolfo Rojas es cogido, afortunadamente, sin consecuencias

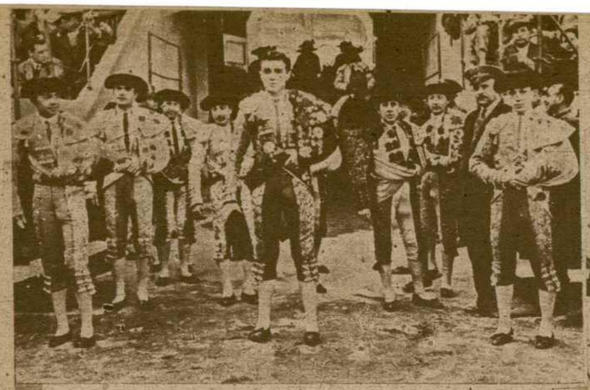


El picador Tobajas es conducido a la enfermería

El picador José Useda, que sufre la fractura de la pierna izquierda

(*Fotos de Marín Chivite*)

LA ACTUALIDAD TAURINA EN BARCELONA



Antonio Caro y el novillo "Camarada"

La novillada suspendida por la lluvia el Domingo de Resurrección se celebró el día 1 del actual, fiesta de la Victoria. Lidiáronse seis astados de don Luis Ramos Paúl, que hicieron excelente pelea, y actuaron como matadores Ramón Arasa, "Fuentes"; Antonio Caro y Juanito Ordóñez, "Niño de la Palma III", nuevo este último en Barcelona.

Fría y con viento la tarde, ni la entrada fué tan nutrida como otros días, ni los toreros pudieron trabajar en algunos momentos con la debida confianza, porque el aire dificultó el manejo de los engaños.

Acaso sin tal inconveniente hubiera lucido más el trabajo de Ramón Arasa, torerito con soltura, capacidad y buen arte, que anda por el redondel con mucho acierto y conoce muy bien todos los resortes de defensa. En lo que pudo hacer, gustó más con el capote —del que posee amplio repertorio— que con la flámula; se mostró activo y con muchos deseos de agradar; su principal fallo estuvo al manejar la espada —sin que esto quiera decir que se hiciera muy pesado—, y fué muy aplaudido en diversas ocasiones.

Antonio Caro tuvo una felicísima actuación. Sus dos faenas de muleta fueron amenizadas por la música; si buena y variada halló el público la primera —después de la cual dió Antonio la vuelta al ruedo y de cuya res no cortó la oreja por no redondear dicha labor con la espada—, brillante, rica de matices, extensa y plena de donaire y de buen gusto resultó la segunda, realizada entre aclamaciones incesantes; y como el novillo —que se llamaba "Camarada"— murió de una estocada superior, no hay que decir que el referido diestro fué ovacionado con entusiasmo. Le concedieron las dos orejas y el rabo y le hicieron dar dos vueltas al ruedo; y como estuvo lucidísimo con el capote, todo contribuyó a que el torero madrileño —muy pronto matador de toros— se apuntase en su "haber" una brillante jornada.

El "Niño de la Palma III" puede ser un buen novillero; se halla en período de formación y apunta buen estilo con la capa y la muleta, cuya traza lucirá más con la corrección de algunos defectos. Su primera faena la realizó, además, con un bicho gazapón y muy molestado por el aire. Matando fué cómo este nuevo retoño del señor Cayetano, el de Ronda, dejó advertir más claramente sus recomendables aptitudes, pues despachó a su primer enemigo de una buena estocada, y a su segundo, de una superior, que mató sin puntilla y le valió una ovación.

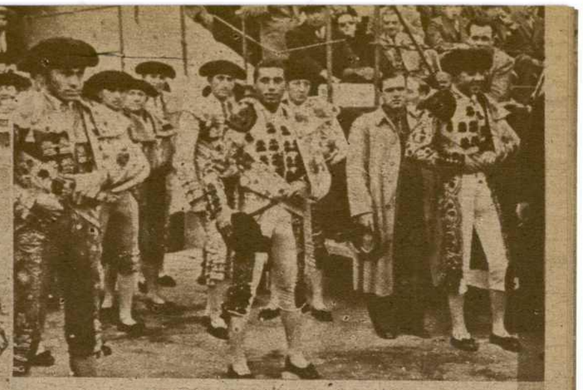
Fernando Gago, Jaén y Chalmeta, de los de a pie, y Ramón Atienza y "el Gordo", de los montados, fueron los subalternos que mejor cumplieron su cometido.

Oficiales del buque escuela italiano «Américo Vespucci» presencian la novillada desde un palco

En la novillada celebrada el Día de la Victoria tomaron parte Ramón Arasa, "Fuentes", Antonio Caro y Juanito Ordóñez, "Niño de la Palma III", con toros de don Luis Ramos Paúl, y en la del domingo, día 4, se lidiaron unas reses mansas de don Cándido García y Sánchez para repetición de Antonio Caro, Pablo Lalanda y debut del "Diamante Negro"

El treinta y uno de marzo se inauguró el nuevo local del Club taurino «El Sadaluz»

Cogida de Juanito Ordóñez



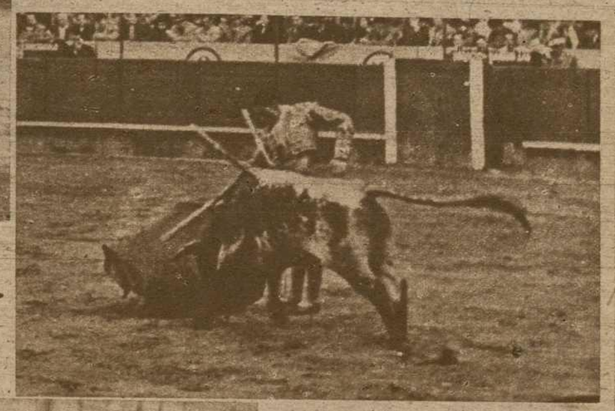
Se inicia el paseo de los matadores de la segunda novillada. Ahora, el que avanza descubierto es «El Diamante Negro»

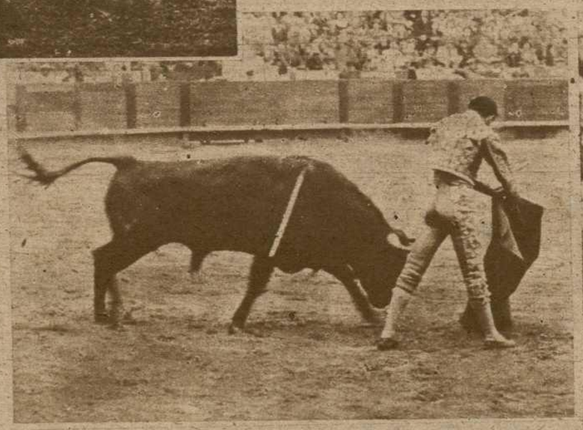
Un lance peculiar de Antonio Caro

El cuarto novillo es manso —más que sus hermanos de corrida—, y es condenado al fuego

Pablito Lalanda torea suavemente con la → diecha

Cogida del «Diamante Negro», que no tuvo una presentación afortunada ↓





Antonio Caro en el novillo «Camarada»

«Niño de la Palma III» toreando por verónicas

Y fué una verdadera lástima, porque la de desagrado. Se resignó con el rumbo torcido de la fiesta y renunció a buscar mendrugos en cama de galgos.

Porque la verdad es que, excepto la decisión de Antonio Caro para hacerse con el cuarto animal —fogueado—, merced a un toreo en redondo con la derecha, con tanta eficacia como valentía, y la habilidad de Pablito Lalanda para sortear los escollos que ofrecían sus dos enemigos, no vimos, en todo el rato que duró el festejo, nada que pudiera alegrar nuestro ánimo.

Mal género cayóle en suerte a "Diamante Negro" en su presentación, y si deslucido estuvo con su primer "regalito", vió, al menos, doblar a su segundo de una buena estocada.

Una novillada deslucida, en suma, que nos hizo abandonar la Plaza con gesto un tanto avinagrado.

concurrencia, muy nutrida, se las prometía muy felices.

Que no vuelvan las reses de don Cándido a pisar el ruedo de la Monumental barcelonesa, y digamos que éstas, que no debieron venir, dieron, en canal, los pesos siguientes: 208, 214, 204, 278, 225 y 261 kilos. Una notoria desigualdad del cuarto y el sexto, en comparación con los otros, pero todos muy iguales en lo referente a sus malas condiciones para la lidia.

Se inaugura en Barcelona el nuevo local del Club taurino «El Andaluz»

Un año, aproximadamente, cuenta de existencia el Club taurino barcelonés dedicado a Manuel Alvarez, "el Andaluz", y el auge alcanzado en tan breve lapso de tiempo ha permitido su traslado a un local de mayor amplitud que el ocupado hasta ahora, cuyo nuevo recinto, situado en un espacioso piso principal de la casa número 2 de la Plaza del Teatro, en plena Rambla,

Bendición de los nuevos locales del Club Taurino «El Andaluz». En primer término, junto al sacerdote, el matador de toros de Triana, el presidente del Club, don Antonio Mañas, y el secretario, señor Bergallo

y merced a las espléndidas aportaciones de los señores Mañas y Rey Soler, ha sido amueblado y decorado con suntuoso lujo.

Aparte el prestigioso y ya veterano Club "Cocherito de Bilbao" —verdadero modelo de las Sociedades recreativas de esta peculiaridad—, seguramente no cuenta hoy la afición taurina española con un círculo de tan brillante instalación como este que en Barcelona tiene por presidente honorario y titular al popular y valiente matador de toros trianero.

La inauguración de este nuevo local se efectuó el día 31 de marzo último con los actos siguientes:

El presidente del Club, don Antonio Mañas, inicia su discurso con un saludo al gobernador civil de Barcelona, señor Baeza Alegría, que presidió el acto

El matador de toros Mario Cabré en su intervención,

Ahora es don Pedro Balañá, el popular empresario, quien se dirige a los concurrentes al acto inaugural

A las doce del mediodía se celebró la bendición del mismo; después hubo recepción de socios, invitados y amigos simpatizantes, que fueron obsequiados con una copa de vino español, y a las diez de la noche, con asistencia de más de cien comensales, se verificó un gran banquete en honor del repetido diestro, cuya cena fué presidida por el excelentísimo señor gobernador civil de la provincia, don Eduardo Baeza Alegría.

A la derecha de éste tomó asiento "el Andaluz", y a su izquierda, el presidente efectivo de la Sociedad y principal propulsor de la misma, don Antonio Mañas, quien recibió muchas felicitaciones —extensivas al señor Rey Soler y demás miembros de la Directiva— por la prosperidad que dicho Club ha adquirido en tan poco tiempo.

A la hora de los brindis hubo un verdadero derroche de oratoria. Primeramente pronunció una amena charla don Julio Gallego; hablaron a continuación los matadores de toros "Morenito de Valencia", Mario Cabré y "el Andaluz". No faltó, como era de rigor, el discurso de salutación del presidente, el repetido señor Mañas; y a todas las demás expansiones verbalistas —que no fueron pocas— puso término con unas elocuentes y efusivas frases la citada primera autoridad civil de la provincia, a quien dedicaron todos los concurrentes a tan brillante acto una gran ovación.

Aragonés el señor Baeza Alegría, la Directiva del Club tuvo la feliz iniciativa de que el banquete fuese amenizado por una Rondalla aragonesa, cuya intervención tuvo remate con unas coplas de jota alusivas a tal velada de regocijo, y, finalmente, se celebró una gran fiesta andaluza, que duró hasta la madrugada.

Brillantísimos, en fin, resultaron todos los actos del programa trazado para solemnizar la inauguración del nuevo y suntuoso local del Club taurino "El Andaluz", con cuyo motivo unimos nuestros plácemes a los muchos que vienen recibiendo don Antonio Mañas, el señor Rey Soler y todos los socios de la referida Agrupación taurómaca, para la que deseamos un apogeo interminable.

DON VENTURA

Pone fin a los discursos el gobernador civil de Barcelona (*Fotos Valls*)

Nati Mistral, Eloisa Muro, Manolo Luna, Pepín Martín Vázquez, nuestro Director, Luis Lucia y López Marín, en un descanso del rodaje de la película en los Estudios cinematográficos de Chamartín

LOS TOREROS Y EL CINE

Luis Lucia da la alternativa cinematográfica a Pepín Martín Vázquez

LA cosa ha sido así. Cifesa ha querido hacer una nueva versión cinematográfica de la novela de Pérez Lugín "Currito de la Cruz", y después de muchas cavilaciones para dar con el "Currito" 1948, se fijó de pronto en ese mocito sevillano, menudito él, con temperamento él, que conocen ustedes con el nombre de Pepín Martín Vázquez. El muchacho, al hacerle esas proposiciones cinematográficas, puso una cara como si le hubieran propuesto encerrarse en la Monumental con seis miuras de más de trescientos kilos... Conversaciones, ofertas tentadoras hasta llegar a la firma del contrato. Con oro nada hay que falle, que dijo don José (don José no es más que Zorrilla, por si no habían ustedes cogido la onda).

Y Pepín —qué cursi esto de Pepín. Déjenme que le llame Pepe—. Y Pepe, con una curiosidad de chavalillo travieso, se llevó a su casa el guión de "Currito de la Cruz" para ambientarse. Ya tenía Cifesa al protagonista de la película. Ahora faltaba nada más que dar con el héroe que fuera capaz de dar la alternativa cinematográfica al torero sevillano. También fué hallado. Luis Lucia: juventud auténtica, temperamento, inteligencia, buen gusto, audacia, ingenio, voluntad... Creo que no se me olvida nada. ¡Ah, sí! Perdón. Y una hoja de servicios cinematográficos brillantísima. Ahí están, para quien quiera algo de ellas, las películas que él ha puesto en circulación: "Un hombre de negocios", "La princesa de los Ursinos" y "Dos cuentos para dos". Nadie más que Luis Lucia podía darle la alternativa cinematográfica a Pepe Martín Vázquez. A tal torero, tal director.

Y ahí andan los dos, mano a mano, encerrados en la Monumental de Chamartín (léase Estudios de Sevilla Films) todos los días, desde las doce de la mañana hasta las diez de la noche.

Nosotros fuimos testigos, uno de estos días, de un mano a mano de esos, entre Luis Lucia y Pepe Martín Vázquez El torero sevillano se arrimó ese día a la cámara como un demonio, y se pasó el celuloide por la faja toda la tarde... Nosotros estábamos asustados.

—Pero oye, Pepe, ¿a ti no te da respeto la cámara?—le preguntamos.

—A mí la única cámara que me asusta es la de los Lores— nos contestó, en una salida por bulerías.

—Bien, hombre. Pues sigue arrimándote y que Dios te dé mucha suerte.

Luis Lucia nos confesó que no conocía un caso parecido de adaptación más rápida al mundo cinematográfico como el del mocito sevillano.

—No pudo soñar Pérez Lugín un "Currito de la Cruz" más exacto y cabal como el que va a incorporar a las pantallas cinematográficas Pepe Martín Vázquez—nos afirmó Lucia. Y nos completó la afirmación añadiéndonos:

—Gesto, ademán, voz... Parece que toda su vida anduvo rodando por Estudios de cine. No hay más que una cosa que le hace perder un poco el "son".

—¿Qué es ello?

—Las visitas. En cuanto ve en el "plató" (lector profano en lides cinematográficas: el "plató" es el escenario donde se rueda una escena de la película. ¡De nada! A mandar siempre. Decía que en cuanto Pepe ve una visita en el "plató", le da por torear a la cámara con el pico de la muleta, rodeado de peones. A nosotros, el día que estuvimos viendo rodar algunas escenas de "Currito de la Cruz", Pepe no nos vió porque tuvimos buen cuidado de camuflarnos entre los trastos del decorado. Y lo hicimos así porque su padrino, Luis Lucia, nos advirtió que, si nos veía, la escena aquella que iban a rodar la terminarían en mayo... Y claro, nos camuflamos por complacer a Lucia y porque no podíamos quedarnos allí hasta el mes de las flores.

Sin visitas, insistimos en asegurarles a ustedes que Pepe Martín Vázquez se arrima a la cámara todas las tardes. Y Luis Lucia se arrima a Pepe todos los días. Es un mano a mano interesantísimo. Los dos están sobrados de casta: el torero y el director. Pepe comprende ya a Luis con una mirada. Y Luis traduce los deseos de Pepe en un leve gesto. Caso de compenetración más rotundo no conocemos otro. Casi todos los toreros —ignoramos las razones— tienen media lengua. Pues Pepe, en la película, tiene lengua y media. Ya le oirán ustedes. García Sanchiz y él.

Y cuando el maestrazo del cine español, Luis Lucia, quiere meter al torero en situación dramática, le recuerda algún episodio triste de su vida, y Pepe "dobla", y perdonen ustedes y Pepe el símil taurino, poco respetuoso.

Son dos mitades tan iguales que harán un todo cinematográfico, de una exactitud matemática. Ese "todo" se llamará "Currito de la Cruz", versión cinematográfica de la novela de aquel bonachón y orondo don Alejandro Pérez Lugín, que en los menesteres taurinos se llamó "Don Pío", espuma, garbo y donaire de críticos famosos.

En mayo Pepe Martín Vázquez habrá terminado su misión en la película. Entonces sonará su hora taurina. Empezará para él otra película, ésta un poco más seria. En ésta no se pueden repetir las escenas, ni tendrá cerca de sí a un director como Luis Lucia que le diga lo que tiene que hacer.

Nosotros le deseamos a Pepe Martín Vázquez que en la "película" que empezará para él en mayo tenga el mismo éxito que va a tener en esta de "Currito de la Cruz".

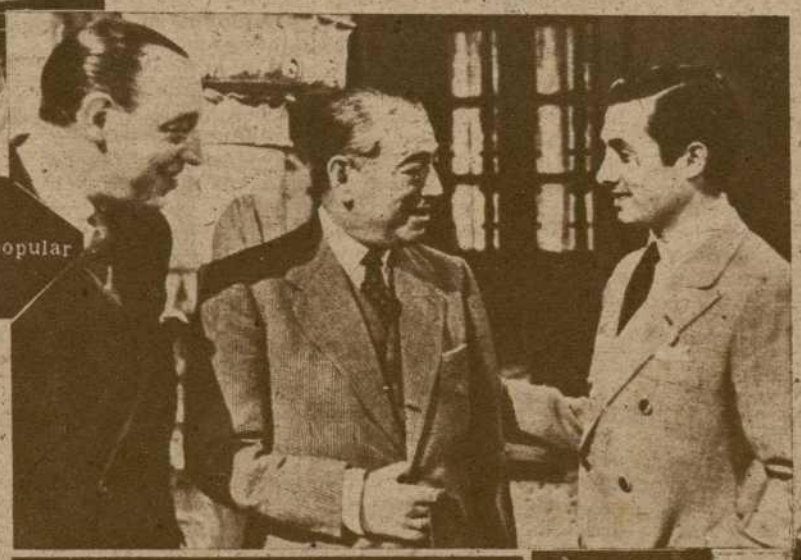
Y a Luis Lucia, el director de cine más interesante y positivo del momento actual, que su "Currito de la Cruz" corte tantas orejas como va a cortar esta temporada Pepe Martín Vázquez.

Y nosotros que veamos las dos cosas, si ustedes no tienen inconveniente en ello.

Adiós, amigos.

MANUEL LOPEZ-MARIN

Pepín Martín Vázquez le encaja la chaquetilla al popular actor cinematográfico Manolo Luna



Pepín Martín Vázquez, nuestro Director, Manuel Casanova, y Manolo López Marín, en un alto del rodaje de «Currito de la Cruz» en los Estudios de Sevilla-Films

Luis Lucia, entre nuestro Director y López Marín, hace unas indicaciones a Pepín Martín Vázquez de una escena que ha de rodarse momentos después

AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

Don VICTOR PEREZ GARRE

propone una solución al problema del toro grande o chico

Si nos hubiéramos dejado convencer por la modestia del aficionado de hoy, tendríamos que haber cambiado el título de esta sección. Para Garre, interventor de Estado, abogado y hombre culto en varias materias, entre las que figura la tauromaquia, está convencidísimo de que no tiene categoría ni solera suficientes para opinar acerca de un tema como el taurino... ¡Eso vamos a verlo ahora mismito; en cuanto usted conteste a nuestras preguntas, querido señor nuestro! Claro que él mismo ha declarado, y eso suaviza un tanto su pecado de modestia excesiva, que no puede considerarse aficionado con derecho a opinar de manera categórica, porque, así, sólo encuentra capaces de hacerlo a tres o cuatro españoles eruditos en tan difícil arte.

—A pesar de sus protestas, apostamos algo a que usted hasta ha toreado y todo y ha tenido más relación con la Fiesta que cualquier simple espectador aficionado.

Y Pérez Garre, ante esto, no tiene más remedio que confesar:

—En efecto, dos o tres veces me he puesto delante de un toro. ¡Bueno!, delante de un bicho algo mayor que el gato que preconiza Fernández Flórez para la Fiesta. Una de ellas quedé francamente bien; no creo que se puedan dar unas verónicas más perfectas que las que yo di en Bolaños, invitado por los señores Caballero, del Puerto de Santa María. Comencé actuando de espectador. Pero cuando eran las seis de la tarde y llevábamos cinco horas bebiendo vino sin esperanzas de que nos sirviesen el almuerzo —en Andalucía no se acuerdan de comer—; yo no sé si por efecto del caldo andaluz o por suicidarme, desesperado por el hambre, cogí un capote, me fuí a la vaquilla y le di tres verónicas tan ceñidas que no pude dar la media porque noté en la parte baja de mi pierna derecha el roce del animal al pasar. Me retiré, y observé que tenía una herida de pezuña de toro. Me la curaron con una gran medicina: lavándola con «Tío Benito». Mientras tanto, yo le pedía a Dios que aquella herida, que apenas había interesado la piel, dejase huella, para después poder presumir toda mi vida. Dios oyó mis ruegos, y hoy puedo mostrar, muy ufano, la señal, que es el compendio de mi vida torera.

—¿Acertamos en nuestras suposiciones? Ahora cuéntenos cómo fué aquella primera corrida que usted vió.

—Fuí por primera vez a los toros en Murcia, teniendo siete u ocho años. Toreaban, si mal no recuerdo, «Bienvenida», «Bombita» y Rafael «el Gallo». Con más exactitud, recuerdo haber visto en 1910 la cogida que le produjo la muerte a «Pepete», toreando con «Machaquito»; al día siguiente vi a éste alternar con Vicente Pastor, y el domingo inmediato a los «Niños Sevillanos», «Limeño II» y «Gallito III», que después fué el gran «Joselito».

—Además de la de «Pepete», ¿ha visto usted otras cogidas importantes?

—He presenciado cuatro mortales: las de «Pepete», Félix Almagro, Pascual Márquez y «Manolete».

—¿Cuál de todas le impresionó a usted más?

—La de «Manolete». Me proponía ver las corridas de Linares y Almería y reunirme con mi familia, que la tenía veraneando en el Mar Menor, para, desde allí, asistir a las fiestas de Murcia y Baza. Mi viaje a Linares ya fué un poco accidentado, porque inesperadamente tuve que trasladarme a Sevilla, adonde llegué con cerca de doce horas de retraso, perdí el tren de regreso y hube de volver en taxi a Linares. Allí presencié el apartado. No sé por qué me hizo mala impresión «Islero». Por la tarde, para ir a mi localidad, contrabarrera número 160, pasé por el túnel que da a la puerta del arrastre, que en Linares es la misma por donde salen las cuadrillas para hacer el paseo, y allí, apoyado en la pared, con el capote en la mano, pensativo, la cara muy triste, mirando hacia el suelo, estaba el pobre «Manolete», solo y abstraído. No tuvo suerte con el primer toro y, sin embargo, le hizo una gran faena y obtuvo un éxito. Salió «Islero»; acusaba la casta de los miuras; alargaba el cuello por el lado derecho... Y por el lado derecho le hizo «Manolete» la faena más temeraria que yo le he visto. Teníamos todos un nudo en la garganta; sus peones no podían permanecer quietos junto a las tablas. «Manolete», como un novillero que empieza, lleno de coraje, con el pelo caído sobre la frente, les gritaba una y otra vez: «¡Atrás! ¡He dicho que quietos!»... Entonces era cuando daba aquellos derechazos inolvidables, y entonces fué cuando yo, que jamás grito en los toros, le dije lo último que quizá le haya dicho un espectador: «¡Manolo, que quiero verte mañana en Almería!»... Después, unas manoletinas escalofriantes y una gran sensación de alivio en el público al ver que, dando por terminada su faena, pedía a «Carnicerito» el estoque de matar. ¡Quién había de pensar que al hacerlo se iba a entregar de aquella manera!... Luego, Córdoba, y ahora el recuerdo constante de aquel torero inolvidable.

—¿Qué clase de toreo prefiere usted?

—Me gustan los dos: el antiguo y el moderno. Ambos responden a épocas, públicos y toros distintos, aunque los dos factores primeros son consecuencia del tercero. Como los toros eran más viejos y más pesados, se aplomaban antes y llegaban al último tercio muy quedados y admitiendo muy pocos pases. Si se prolongaba la faena más de lo debido, el toro se aculaba en tablas y se ponía a la defensiva, con lo que se hacía más peligroso. Vino después Belmonte, revolucionando el toreo y acortando las distancias —toreo que hoy ha llegado a la perfección— y fué necesario confeccionar el toro conveniente para esta lidia: un toro bravo, joven, menos peligroso y con posibilidad de sacarle quince o veinte y aun treinta y más pases. El público se acostumbró a los estatuarios, naturales, manoletinas, etc., y esta faena la exige en todos los toros; y el torero, que siempre procura estar de acuerdo con los gustos de aquél, sale todos los días dispuesto a realizar la misma faena. Esto creo que resulta contraproducente para la Fiesta, porque las faenas preciosistas, al prodigarse tanto, llegan a empalagar, o por lo menos, no se estiman y paladean como en otros tiempos que, por más raras y ser hechas con animales más peligrosos, dejaban un regusto muy duradero. Por otra parte, hoy, si el toro no se presta a lucimiento, son pocos los toreros que saben darle la lidia adecuada, y si se la dan, escasos espectadores saben apreciarla. Creo que antes se lidiaba mejor que ahora y que ahora se torea mejor que antes.

—¿Y qué solución ve al problema?

—Para mí la solución sería —de esta forma entraría en el público el gusto de observar al toro— que en el lote de cada torero entrase un toro de cuatro años, o hasta un utrero adelantado y otro de más de cinco y menos de siete años.

—¿Cuál es el caso de su vida, relacionado con los toros, que más recuerdo le ha dejado?

—Verá usted. Vino a mi casa un par de veces el actual novillero Cardeño, recomendado por un buen amigo, para ver si yo podía influir para su presentación en Madrid en una de las novilladas de invierno que se celebraron hace dos o tres años. Hablé muy brevemente con él, le ofrecí mi modesto apoyo y le hice saber que, aunque muy aficionado a los toros, no me encontraba situado en el planeta de los mismos. Hice alguna gestión: una de esas recomendaciones de las que no sabe uno el resultado. Pasó algún tiempo, y le vi anunciado —supongo que tendría algún valedor más importante que yo—, tomé mi barrera del 9 y caí precisamente donde ponen los capotes. Poco después pasó por allí Cardeño y, mirándome, dijo: «No había visto que estaba usted ahí». Me quedé atónito. ¿Cómo me habría reconocido aquel hombre? Yo sabía que era imposible. Pero llegada la hora de matar saludó al presidente y se vino hacia mí empezando su brindis. Yo me levanté poco a poco, hasta que volví la cabeza y... el brindis era para el señor que estaba exactamente detrás de mí. ¡Qué desilusión! Porque en mi pueblo, si me habían brindado un toro; pero la Plaza de Pacheco es algo menos importantes que la de Madrid...

Y con esta ironía a costa suya, termina don Víctor Pérez Garré.

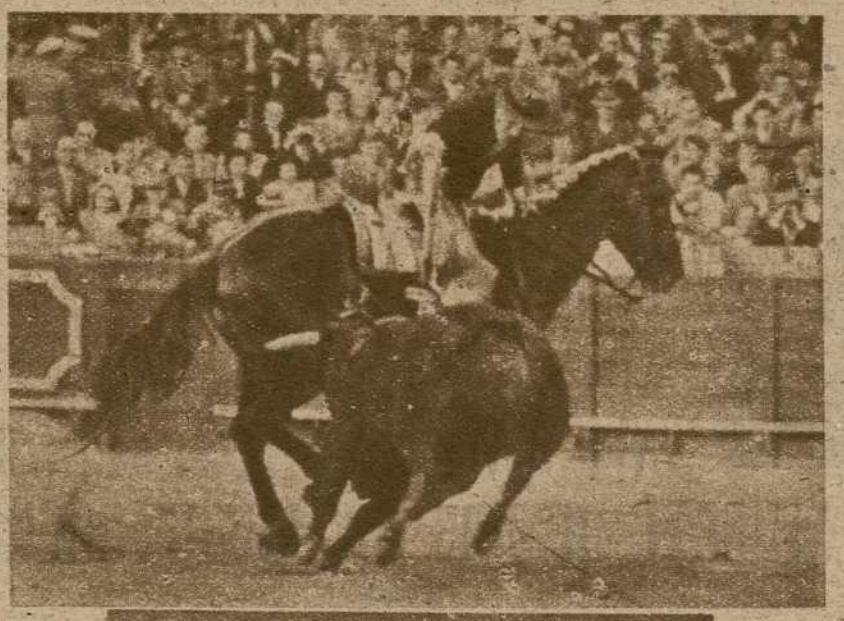
PILAR YVARS

Representante: D. ANTONIO LOZANO
Francisco Ramiro, 7. - MADRID

PRESENTACION Y TRIUNFO DE "FRASQUITO" EN SEVILLA

El nuevo diestro cortó dos orejas.-Sergio del Castillo fué cogido en su primero.-Rafael Ortega mató cinco novillos

EN Sevilla, tierra de toreros, y en abril, mes de los toros bravos, ha aparecido una figura del toreo. Se llama Francisco Sánchez, "Frasquito". Nuevo astro que brilla ya con luz propia en el firmamento taurino. Hay que decirlo, incluso contra quienes, en alas de la admiración, se han apresurado a saludarle como la sombra o el doble de "Manolete". "Frasquito" no es una sombra, sino una realidad, que el domingo se impuso, señera, en el albero de la Maestranza. Y ello contra viento y marea de dificultades y previsiones. En primer lugar, novillos de una media de 250 kilos, con poder y peligro, presentación digna de una ganadería en Sevilla: Garro y Díaz Guerra. En segundo lugar, el alternar con dos valores positivos y probados: Sergio del Castillo y Rafael Ortega. Pese a todo, y aunque la corrida se prologó con sangre —la cogida de Sergio de Castillo—, "Frasquito", que no se amilana, practicó el más difícil, elegante y ajustado de los toreos. De él destacó su labor de muletero, a base de naturales, en redondo y de pecho, de irreprochable ejecución, en ambas faenas —al tercero y al cuarto, éste de Sergio—, coronadas con el escalofrío de la manoletina. En las dos se conjugaron seguridad, dominio y arte. Y en las dos el público sevillano pidió las orejas antes de tirarse a matar. En el primero las consiguió, en efecto. Y en el segundo, herido en la mano por un pitonazo, no, por tenerse que retirar, después de redondear el éxito más completo de un debutante en Sevilla.



Un par de banderillas del rejoneador Peralta

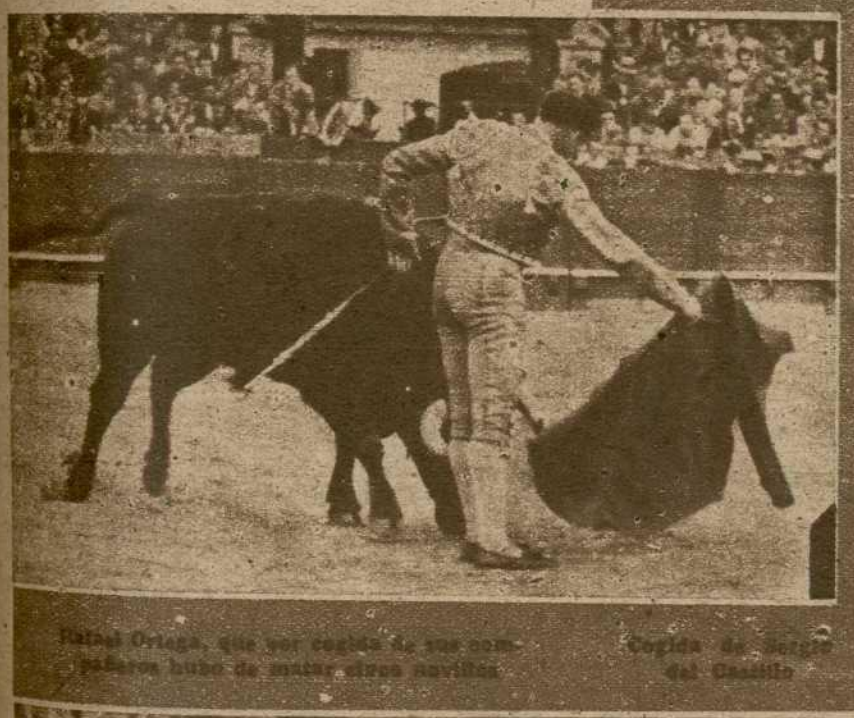
Los percances de Sergio y de "Frasquito" multiplicaron la responsabilidad y el trabajo de Rafael Ortega, que cumplió siempre. Afirmó la clase de su toreo de capa, se mostró dominador con la muleta y fué breve con el estoque, salvo en el cuarto, en que escuchó un aviso.

Sergio del Castillo, valiente y artista en el que abrió plaza, tropezó con el peor de los novillos. A pesar de ello, tras lucir su garbo con el capote, que prodigó en los quites, lo pasó bien de muleta, hasta que en un natural fué ensartado por el muslo izquierdo.

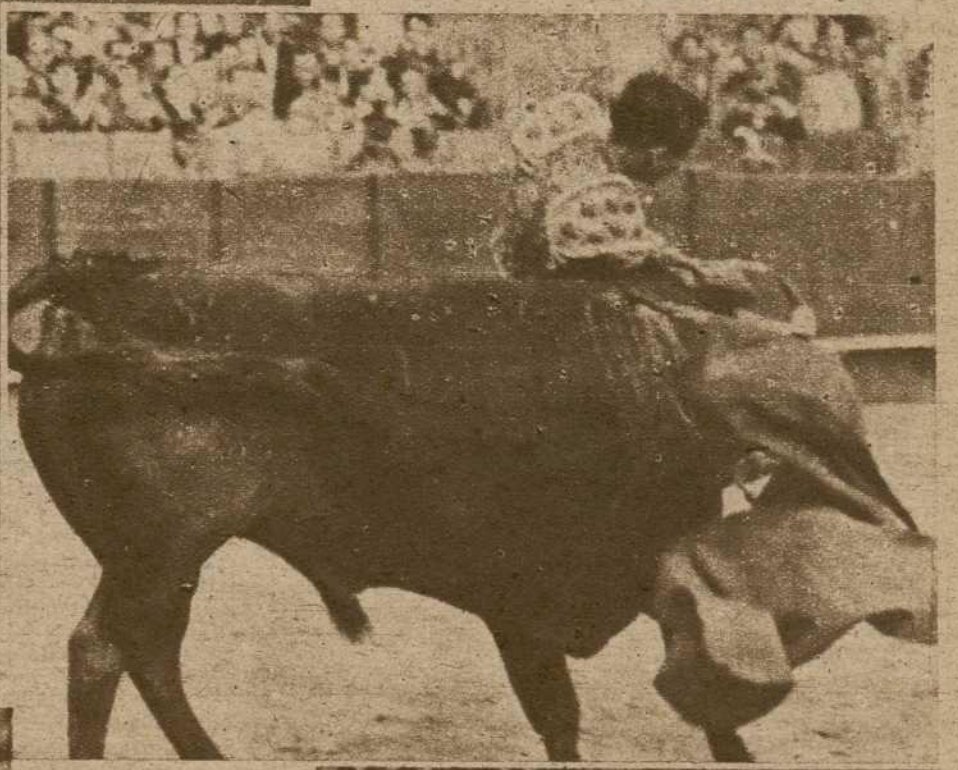
Introducción airosa de la corrida fué la actuación de Peralta, hábil rejoneador y gran caballista, en un toro de Guardiola.

Esta fué la jornada —en resumen, un nuevo nombre para la Fiesta: "Frasquito"— que la afición sevillana considera histórica.

DON CELES



Rafael Ortega, que por cogida de sus compañeros hubo de matar cinco novillos



Cogida de Sergio del Castillo

Dos magníficos muletazos de «Frasquito» en su lucha al tercer novillo de la tarde

(Fotos Arenas)

MI AMIGO PRESINTIO LA MUERTE DE DOS GRANDES TOREROS

A Granero y a «Manolete» los vió sin vida horas y días antes de las respectivas tragedias

Manuel Granero

HACIA muchos años que no le veía, y me lo encontré este verano último en Gijón, dos días antes de comenzar las fiestas de Nuestra Señora de Begoña. Era un amigo de toda la vida, entrañable, constante. Charlamos de muchas cosas, y entre ellas, no podía faltar el tema taurino. Toreaba «Manolete» las corridas del 15 y del 24 de agosto, y en mi espera a la última de estas corridas nos veíamos a diario en la playa, en el café, en el muelle, y charlábamos de tiempos de nuestra juventud, tan lejanos ya.

Una tarde, paseando por la carretera de El Musel, me recordó un impresionante acontecimiento de su vida. Mi amigo había presentido en la madrugada del 7 de mayo de 1922 la muerte del gran torero valenciano Manolo Granero. Días antes, a él y a mí nos habían ofrecido entradas para esta corrida; pero el hecho de que a ambos no nos entusiasmara demasiado el cartel, nos hizo rechazar el ofrecimiento y decidirnos a ir a Tetuán, donde se celebraba una novillada. Nos citamos en un café para ir juntos a la Plaza. La tarde era espléndida. Llegué yo primero y esperé. A los pocos minutos llegó mi amigo y le noté algo pálido y nervioso.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Por qué?

—¡Qué sé yo! —repuse—. Encuentro en ti algo anormal.

Se sentó, y con voz trémula, apenas perceptible por la emoción, me dijo:

—Estoy aterrado. ¿Tú crees en los presentimientos?

—Yo, sí —respondí.

—Pues escucha: esta madrugada, sin saber por qué, me desperté desasosegado. Las primeras luces del alba entraban por el balcón de mi cuarto. Vi el anuncio de un magnífico día de primavera y pensé en la fiesta de los toros. Me saltó a la imaginación el cartel de Madrid. «Tres toros de Albaserrada y tres de Veragua, para Juan Luis de la Rosa, Manuel Granero y Marcial Lalanda, que confirmaba la alternativa». Pensé en el fatídico mes de mayo para los toreros. Manolo, «El Espartero», «Joselito»... De pronto apareció ante mis ojos el nombre de Manolo Granero, y un estremecimiento de temor convulsionó todo mi ser. Le vi muerto, te lo juro; pálido, como ensombrecida la mitad de su rostro... ¡Qué sé yo!... Horrible..., horrible. ¡Mira que si esta tarde!...

—Calla, calla —le ordené—. En esto de los toros hay muchas supersticiones y muchos presentimientos que no se cumplen, afortunadamente.

—Dios lo haga—repuso mi amigo.

No hablamos más. Pero un sobrecogimiento de temor se nos quedó a los dos clavado en nuestro ánimo. Fuimos a la Plaza de Tetuán. La novillada fué mala. Hubo una cogida muy aparatosa, pero sin consecuencias, y salimos de la Plaza, quedándonos a merendar en una terraza de Cuatro Caminos.

Cuando se hizo de noche tomamos un tranvía, y nada más subir a la plataforma posterior, escuchamos a unos viajeros:

—Ha sido una cosa terrible. Una cornada en la cabeza, en la cara.

—¿A quién ha sido?—pregunté nervioso.

—¡A Manolo Granero! —contestó secamente el interrogado. Y añadió—: Entró muerto en la enfermería.

Mi amigo y yo nos miramos, mudos de terror. Nos faltó poco para romper a llorar.

Al recordar este episodio en nuestro paseo por tierras asturianas, coincidíamos en apreciar que por mucho dinero que gane un torero, el hecho de salir de su casa a jugarse la vida con el toro, sin saber si la va a perder, no está compensado con nada. Porque, efectivamente, hay profesiones en las que el hombre está expuesto, sin que esa exposición esté tan espléndidamente remunerada. Pero lo del torero es otra cosa. El apoderado firma contratos, elige ganaderías y el torero sólo sabe que torea en tal sitio, tales toros, sin poder precisar, como no sea por una corazonada —aquel «de qué mala gana voy a Madrid», del «Espartero» en Córdoba, la víspera de su muerte—, en qué ruedo y qué toro va a cortar en seco su juventud, su arte, su dinero y su vida.

* * *

Había toreado «Manolete» el día 15 de agosto con Belmonte y Paquito Muñoz. El cordobés, como siempre, había estado temerario y había logrado el triunfo que debía a los aficionados asturianos, ya que en esta Plaza gijonesa Manolo había tenido siempre poca suerte.

Después de esta corrida, a esperar la del 17 —«Andaluz», Luis Miguel y «Rovira»—, y más tarde, la del 24, con «Gitanillo de Triana», «Manolete» y «Parrita».

Sobre la una de la tarde del día 20 ó del 21, no recuerdo exactamente la fecha, nos vimos mi amigo y yo en el Café Alcázar, después de la playa. Como en aquella ocasión, mi amigo estaba nervioso y pálido.

No le pregunté nada. Charlamos del buen tiempo que hacía este año en Asturias, y, como ocurría siempre, la conversación recayó sobre el tema taurino.

Cuando ya nos disponíamos a marchar a almorzar, mi amigo, sin poderse, sin duda, contener, me soltó a manera de escopetazo:

—Chico, estoy preocupadísimo.

—¿Otro presentimiento?—pregunté alarmado.

—Otro. Ha sido esta mañana. Sobre las diez. Estaba medio dormido y ante mis cerrados ojos se me apareció sobre la arena de no sé qué ruedo el cuerpo inerte de «Manolete», rígido, boca arriba, vestido con un traje heliotropo y oro. ¡Qué pesadilla! Fué muy breve la aparición; pero me ha dejado triste, preocupado.

Las palabras de mi amigo, con el antecedente de hacía veinticinco años, me produjeron viva inquietud y honda preocupación.

Llegó el domingo 24 de agosto. Fuí a presenciar el apartado de los toros, y en la Plaza, Pepe «Camará» me invitó a ir a Santander, donde el martes 26 de agosto toreaba «Manolete» con Belmonte y «Rovira».

Después del apartado fuí con «Camará» y «El Chimo» al hotel del señor Monasterio, en el que se hospedaba Manolo. Saludé al gran torero cordobés y, de pronto, me quedé sobrecogido. En una silla de la habitación, el traje de luces ¡heliotropo y oro! Me puse muy nervioso, me despedí del cordobés y le deseé suerte con más vehemencia que otras veces.

Por la tarde redoblé mis oraciones, ya que desde que mi amistad y admiración por el torero eran sinceras y entrañables, rezaba todas las tardes que sabía que toreaba «Manolete», estuviera o no yo en la corrida. El cordobés estuvo muy valiente, salió indemne de la Plaza, y respiré. Cuando vi a mi amigo le dije, sin poder ocultar mi alegría:

—¿Lo ves? Heliotropo y oro y, afortunadamente, nada. Los presentimientos, ya te dije, unas veces se cumplen y otras no.

Mas, no obstante, a mí me quedó una inquietud, una zozobra, que no tenía nada de particular, pues ya la había hecho pública en la crónica de la corrida que había toreado «Manolete» en la Feria de Pamplona, el día 10 de julio.

Me despedí de mi amigo y marché al día siguiente, lunes, por la mañana, a Santander en el coche de la cuadrilla. Cuando entrábamos en una de las aldeas asturianas, tuvo que detenerse el coche para dejar paso a un entierro. El féretro lo llevaban a hombros, el Clero entonaba un responso y el pueblo iba detrás, a pie, acompañando al vecino muerto. Me contrarió el encuentro. Al día siguiente, en el apartado, al ver la corrida gorda y con pitones, de Rogelio Miguel del Corral, me atreví a decirle a «Camará»:

—Vaya corridita. A este chico —«Manolete»— le va a asesinar un día un torazo de estos. Está tan temerario...

—No lo crea usted, don Manuel —me dijo Pepe—; Manolo está cada día más seguro.

Una hora antes de la corrida fuí a ver a Manolo al Hotel Real. Estaba a medio vestir de luces, con un traje blanco y oro que le vi en Pamplona, en Madrid y en la primera de Gijón. «Manolete» se mantó en los toros. A su segundo, un manso de las características de «Islero», según declaración de «Camará» a «El Caballero Audaz» después de la desgracia, le dominó de tal manera, que le toreó cuanto quiso y como quiso.

A mí me dió miedo. Aquello no podía ser. Por la noche, cuando en Burgos me invitó Manolo a subir a su coche, que él conducía, le expresé mis temores:

—Manolo, ya está bien. Que te la juegues con el toro bravo, me parece lógico; pero que le quieras hacer faena al manso y jugártela con él, eso ya no debe ser. Debes salir del paso.

Y a la advertencia temerosa, leal y sincera, el espíritu del torero que se sabía figura cumbre, se revolvió para replicar:

—Yo no puedo hacer eso. El público me exige porque gano mucho dinero, y yo tengo que responder dignamente. Y el día que no me encuentre con ánimos para hacerlo así, me marcharé a mi casa sin ninguna duda.

Me dieron ganas de gritarle:

—Pues vete ya. Hoy mismo. Mi amigo Fulano ha soñado que te mataba un toro y puede ser verdad la tarde menos pensada.

Pero «Manolete» me hubiera tomado por loco. No podía ser. Había que dejar a Manolo correr a su destino, que estaba en Linares.

Veintiocho de agosto. Al regreso de mi viaje por Gijón y Santander, compañeros y amigos me preguntan sobre las corridas, y, más concretamente, sobre «Manolete». Por la tarde, en conversación con el subdirector y con el ingeniero de *Madrid*, obsesionado sin duda por el presentimiento de mi amigo, les expongo mis temores:

—Lo que hace este torero no se puede hacer. No lo ha hecho nadie. Es muy peligroso, y un mal día lo puede perder todo.

Y aquella tarde —dolor y pesadumbre— se me olvidó rezar.

MANOLO CASTAÑETA

Manuel Rodríguez, «Manolete»

TOREROS DE OTRA EPOCA

RODOLFO GAONA
DENTRO DE POCOS DIAS ESTARA EN ESPAÑA

Rodolfo Gaona, en la época de sus grandes triunfos en España, descansando en el Parque de Madrid, uno de los sitios que con más frecuencia visitaba el popular torero mejicano

Uno de los últimos retratos de Gaona en su magnífica finca del Paseo de la Reforma, de Méjico

CUANDO por los aficionados al más emotivo de todos los espectáculos sean leídas las presentes líneas, ya se encontrará a pocas millas de Cherburgo, donde desembarcará, Rodolfo Gaona Jiménez, el famoso ex torero, que con «Joselito» y Belmonte compartió los triunfos en una de las épocas más brillantes del toreo.

Acompáñanle en su visita a la Madre Patria, su esposa, española, y dos de sus hijos varones, uno de los que —el primogénito, en Madrid nacido— ya permaneció en España varios meses durante el último año.

Desde el citado puerto francés, y en el automóvil que, en su viaje a bordo de un trasatlántico inglés, trae desde Méjico, se trasladará a San Sebastián, la encantadora ciudad del Cantábrico, que tantos y tan gratos recuerdos tiene para él, porque su circo taurino fué, en sus buenos tiempos de torero, teatro de inolvidables éxitos en su lucha con José, éxitos que aun no han olvidado, seguramente, los aficionados donostiarras, que se preparan para dispensarle un cordial recibimiento.

Unos días de estancia en la bella Easo, y después, directamente, a Madrid, la gran urbe a la que tanto ama, y que encontrará notablemente, en todo, transformada, porque desde hace cerca de seis lustros Gaona no volvió a visitarla.

Con este viaje del célebre lidiador azteca, el más completo y destacado de cuantos irrumpieron en España, desde Ponciano Díaz —el primero que nos importó Méjico— hasta todos los que, compatriotas suyos, visten en la actualidad el áureo traje de luces, se cumplen los deseos de Rodolfo: visitar, por última vez en su vida, la tierra de sus amores, en la que, como artista, tanto tuvo que luchar hasta encaramarse en las más altas cumbres, y en la que, como «El Gordito» y «Guerrita», en sus distintas épocas, tan sañudamente fué combatido hasta el último momento por cuantos, moviéndose tenebrosamente entre los bastidores del toreo, pretendieron cerrarle el paso, y que ahora, al verle aquí de nuevo, con su familia, millonario y en plan de turista, se sentirán un poco avergonzados.

Cuarenta años se cumplen ahora —precisamente en esta estación primaveral, ¡y parece que fué ayer!—, cuando Rodolfo, un jovenzuelo, moreno y espigado, completamente desconocido entonces, se presentó por primera vez en Madrid acompañado de su maestro «Ojitos», el viejo banderillero de «Frascuelo», despertando en los medios taurinos una viva curiosidad, pasando en pocos meses de aquel año 1908, del anónimo a la popularidad, porque Gaona se reveló como un extraordinario torero, regresando seguidamente a su Patria, doctorado y confirmado en la más importante Plaza de España, dejando así abierto el paréntesis de su brillante carrera taurómaca.

Desde este momento, el Petronio de la torería, así llamado por los críticos de su tiempo, artista que practicó, resucitando, suertes clásicas del toreo que se hallaban enterradas y que, gracias a él, aun perduran, recorrió en triunfo los valencianos españoles y su nombre figuró durante todas las temporadas en los carteles de las más importantes ferias.

Desconocida por la afición de hogaño las dimensiones artísticas de Gaona, los aficionados veteranos que llegaron, como nosotros, a alcanzar a «Largatijo», en sus postrimerías y a Antonio Fuentes, en toda su taurómaca trayectoria, vimos en muchas ocasiones en el arte de Rodolfo la majestuosidad del célebre torero cordobés y la elegancia del no menos famoso de La Coronela.

Como todas las grandes figuras coletudas de todos los tiempos, tuvo sus momentos grises y borrosos; pero, como ocurrió con aquéllas, no fueron suficientes para empañar sus tardes gloriosas, que registradas quedaron con caracteres indelebles en los anales de la tauromaquia.

Profundamente entristecido por la injusta hostilidad de un público envenenado por una absurda campaña, se alejó de nuestra vieja Plaza en una tarde amarga de 1919, jurando por el nombre su santa madre no volver a pisar el albero madrileño.

Y así lo hizo, a pesar de los muchos requerimientos que para ello le hizo la Empresa entonces del inmueble propiedad de la Corporación Provincial.

A fines del siguiente año de 1920 salió de Madrid con la intención de no volver más, y al cruzar la frontera española, asomando a su hijo Rodolfo por la ventanilla del coche del ferrocarril, le dijo:

—¡Da el adiós a la tierra donde naciste, porque no volveremos más!

Hasta el 12 de abril de 1925, fecha en que se retiró del toreo, Gaona en su Patria hizo grandes temporadas, no se dejó arrollar por ninguno de los toreros españoles que con él alternaron, rehizo su quebrantada fortuna y se reafirmó como figura cumbre de todos los lidiadores mejicanos.

Sintiendo la nostalgia del pasado, vuelve ahora a la Madre Patria, a la que nunca dejó de querer, bordeando los sesenta años de edad, y en ella permanecerá unos cuantos meses, sin dejar de visitar Sevilla durante la próxima feria, donde, con su presencia, como espectador, en la Plaza de la Real Maestranza, evocará una de las más grandes faenas que torero alguno realizara durante los tres tercios de la lidia con un bravísimo todo de Gregorio Campos, faenas clásicas, que aun perduran en la memoria de los viejos aficionados sevillanos, a pesar de los treinta y seis años transcurridos desde el 21 de abril de 1912, cuarta corrida de la feria.

Poco tardará Rodolfo Gaona en pisar, con los suyos, tierra española.

Quebrantó su promesa, porque en España, donde gozó en sus momentos de triunfo, llorando en otros, como los hombres de gran corazón, agobiado por el infortunio, dejó mil recuerdos inolvidables que ahora, emocionado, ha de revivir intensamente...

DON JUSTO

APOLOGIA NECESARIA

En el torero hay, a veces, algo más que el torero

Julián Casas «Salamanquino»

Luis Mazzantini

MANUEL Barcáiztegui, «Martincho»; «Pepe-Hillo» y Pedro Romero posaron en el Estudio de don Francisco de Goya. Cuentan las crónicas que a los tres les interesaba sobremanera la pintura, y que Goya les explicaba algunas combinaciones del color. «Martincho» gustaba de los claroscuros y contraluces; «Pepe-Hillo», de los bruñidos y dorados, y Pedro Romero, de los ponientes naranja. Las conversaciones giraban siempre sobre cómo se lograban los efectos de luz, y aun «Martincho» participó al inmortal artista su deseo de aprender a pintar, dedicarse al paisaje y satisfacer así su amor a las medias tintas melancólicas. Don Paco, el de los Toros, debió de dar algunas lecciones al inventor de la suerte de capa a la navarra, hipótesis que fundamos en un bosquejo de «Anochecido», todavía sin definir, pero en el que ya se advierte la buena disposición pictórica de Barcáiztegui.

¿Qué diremos de Rafael Pérez de Guzmán? Aristócrata, hijo de los marqueses de Villamanrique de Tajo, descendiente de Guzmán «el Bueno». Curso la carrera de las armas, y terminados sus estudios fué destinado, como oficial, al Regimiento de Caballería del Príncipe. Aparte su vida, ni más ni menos alegre que la de un joven de todos los tiempos, afírmase que gastaba en libros —de Historia, particularmente— una respetable cantidad, y que de esta materia sabía tanto, que en su tierra natal, Córdoba, improvisó dos o tres conferencias delante de varios profesores. Quiso ser torero, y lo fué tan de lleno, que en la Plaza de Sevilla, el 23 de agosto de 1830, fecha en que se celebraba la corrida que organizaron los Hermanos de la Cofradía del Buen Pastor, mató, él solo, ocho toros, de la ganadería de Durán, auxiliándole «Sombrero» y su hermano Luis. Y en Aranjuez, la Reina Cristina le regaló un traje azul, bordado en oro, como obsequio, por haberle brindado la muerte de una de las reses.

Durante dos años cursó Julián Casas, «Salamanquino», la carrera de Medicina, por consejo de su padre, coronel retirado. Cuando, ya matador de toros, disponía de horas libres, las empleaba en asistir a cenáculos literarios. Véase cómo se expresaba Julián, torero ya anciano, ateniéndonos a uno de sus biógrafos: «Cuando, en el mes de enero de 1878, se iban a organizar las corridas regias, con motivo del matrimonio de Don Alfonso XII con su prima Doña Mercedes, fué invitado a tomar parte en ellas, y aunque tenía sesenta años, aceptó gustoso, diciendo en la carta en que contestaba: «Una vez que figuré en las fiestas regias del matrimonio de Doña Isabel como el espada más joven, sería para mí un alto honor lucir en la boda de su hijo, en la que, por la fuerza de los años, tendré que figurar como el más viejo.»

No nos olvidemos del madrileño Antonio Gil, señorito de familia distinguidísima y torero de vocación. Fino, educado, de no superficial cultura, desempeñó en la Corte varios cargos del Estado, ya fuera de los ruedos, donde le acompañaron éxitos auténticos. Poseía una curiosa colección de trabajos en marfil, y él mismo cultivó este difícil arte, de manera magistral.

Ni que decir tiene, de puro sabido, que Luis Mazzantini estudió en Bilbao, en Marsella y en Nápoles; que hablaba el francés y el italiano a la perfección, y que su cultura era extensa. Corría el año 1870, y vino a España como agregado a la servidumbre del rey Amadeo, como secretario particular del caballero Marchino, jefe de las Caballerizas Reales. En el año 72 ocupó una plaza de factor telegrafista en la Compañía de Ferrocarriles de Madrid, Zaragoza y Alicante, y más tarde prestó servicio en la de Madrid, Cáceres y Portugal, como jefe de estación. Fué concejal, teniente de alcalde del distrito de Chamberí, y le faltó el canto de un duro para ser diputado. Item más: ostentó en su pecho diversas cruces nacionales y extranjeras.

El valenciano «Fabrilo» se acreditó de tan gran torero como impar ceramista, y empezó a componer un Tratado de cerámica.

«Minuto» estrenó en el teatro Novedades, de Madrid, una obra en un acto, titulada «El Sevillanito», y otra en Montevideo.

Nadie ignora que Ricardo Torres, «Bombita», leía el «Quijote» en su texto clásico; que concurría al Real y a la Princesa; que entre los pintores, prefería a Sorolla y a Bilbao; que en Literatura, Julio Verne le asombraba, y comprendía el realismo bien entendido; que en Música le agradaban los conciertos y las óperas; que admiró a Simó Raso, a Borrás y a Thuillier, y de los actores cómicos, a Larra y a Carreras.

Para terminar, porque habría para un grueso volumen, recordemos a Ignacio Sánchez Mejías, autor de una obra teatral puesta en escena por la compañía Guerrero-Mendoza. Ahí están Angel Cammona, «Camisero», estudioso, infatigable lector, hombre de Letras, autor de libros, anecdotario viviente, y Juan Belmonte, amigo dilecto de don Ramón María del Valle Inclán, cultísimo y refinado, y Mario Cabré, conferencista, poeta, actor, y el malogrado «Manolete», del que nos dice un librero que le compró unos tomos de poesías de Bécquer, y quien, no mucho antes de la tragedia de Linares, hubo de ser homenajeado por destacadas personalidades, escritores y periodistas, en un acto cordialísimo, y a Marcial Lalanda, concejal del Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, y a tantos otros.

ENRIQUE DEL VILLAR

EL MUSEO TAURINO

Debiera instalarse en la Plaza de las Ventas

DONDE se puede o se debe emplazar el Museo taurino, si llega a hacerse? En este caso, el verbo emplazar puede tener todo su exacto significado. Situar o colocar en la Plaza. ¿En qué sitio mejor que en la propia Plaza de las Ventas? Es la primera de España. Se ha dicho, sin hipérbole, la primera del mundo. Podrán llegar a construirse de más capacidad, de mayor volumen. Pero la jerarquía está aquí, en Madrid. He tenido interés en saber si en alguna de los dependencias de la Plaza grande habría espacio, local disponible. ¡Y lo hay! En el patio de caballos, una amplia sala, que hoy se destina a guardar enseres, tiene las condiciones adecuadas. Y allí, con holgura y buena luz, se podrían instalar perfectamente los objetos que constituyen esta Exposición permanente. Por lo que a ambiente se refiere, ¿cabe un lugar más apropiado? Acaso hoy resulte incómodo, por las comunicaciones no suficientes, ir hasta la Plaza. No se objete que se va a las corridas, porque esto es lo fundamental, lo que siempre impondría toda clase de sacrificios y molestias. Para acudir a un museo, es distinto. Pero Madrid se ensancha rápidamente y su expansión busca con preferencia este sector. La Plaza está llamada a encontrarse dentro de una aglomeración urbana, densa; no diremos céntrica, pero en lejanía de las afueras. Las comunicaciones mejorarán. Lo importante es que el Museo tenga atractivos. Y que puede tenerlos, es indudable.

Tan apropiado es ese local, que ya antes de la iniciativa que parece tener el vicepresidente de la Diputación de Madrid y visitador de la Plaza de Toros, don Pedro Iradier, la propia Empresa había pensado instalar allí un Museo. Será mejor, desde luego, el que pueda organizarse con un carácter oficial. Y la Empresa —según he escuchado a sus figuras dirigentes— está dispuesta a ceder local e idea. ¿Resultará insuficiente el primero? No lo he visto. Me dicen que no, que puede caber todo. Claro que esto es aleatorio. Depende de lo que sea ese "todo" y de las sucesivas ampliaciones que el certamen haya de tener. Allí, a mi juicio, debe ir la estatua —una vez fundida en bronce— de "Manolete" que ha expuesto en la Asociación de la Prensa Emilio Laiz. Quizá en una plaza pública, en unos jardines, fuera inadecuado. En un recinto taurino no puede serlo. Y si se arguye que hubo otros toreros célebres, vayan sus recuerdos a sumarse. Ya se ha dado acogida en el palco regio al cuadro de Belmonte. Y el trianero vive. No discutamos las categorías. La de la muerte es siempre superior.

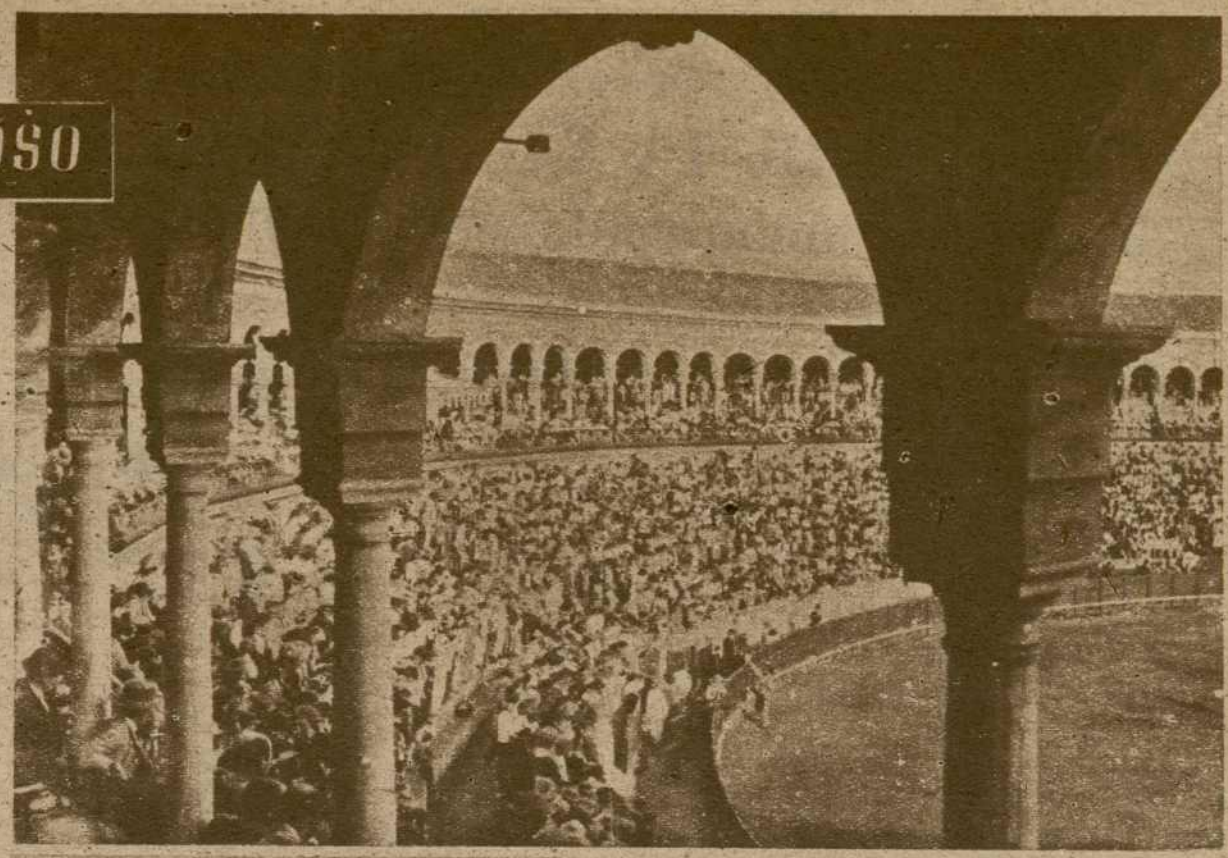
También la colección —la parte no vendida— de Benlliure. En su Estudio, al morir el gran escultor, quedaron, de seguro, algunos de esos pequeños toros de bronce que modeló con arte singular. Y bocetos, proyectos, escayolas. Lo que ha quedado. Luego, lienzos, carteles, grabados antiguos. En un artículo mío reciente, aparecido en estas mismas páginas, ocupábame de un viejo cartel —muy curioso— de 1777. Y he hallado también contratos, de los que se hacían en el XVIII y el XIX, que ofrecen matices interesantes. Cabezas disecadas de toros célebres. Capotes, muletas, vestidos de toreros. ¿Para qué hacer una relación? Es mucho lo que se puede reunir. Bastará un buen criterio de selección. Por ejemplo, que José María de Cossío acepte el dirigir esta tarea, con la colaboración de algún crítico y la de la Diputación Provincial. Por cierto que he sabido que allí mismo, donde puede emplazarse este Museo, hay una colección de puyas de muchísimos años. Algunas, con realce por la ocasión de su empleo y el piquero que las usara. Y todas, en su conjunto, con un interés: el de la evolución cronológica. Se han ido conservando. Pueden ser parte integrante de esta Exposición.

En fin: la idea está en marcha. El local parece estar indicado. No hay más que impulsar el propósito, y si las voluntades se dan cita, en esta temporada podría inaugurarse el Museo taurino de Madrid, que, aun señalando un precio moderado para la entrada de los visitantes —en las mañanas dominicales irían, seguramente, muchos aficionados—, podría dejar un rendimiento económico para atender a su conservación, que no ha de ser de excesivo coste, y hasta para contribuir a algún fin benéfico. ¿A qué se espera?

FRANCISCO CASARES

UN PLEITO YA FAMOSO

"La voz que esperan los toreros mejicanos"



CON este título, nuestro fraternal colega el diario «Marca» publica un artículo de su director, nuestro ilustre compañero Lucio del Alamo, que dice así:

«¿Vendrán los toreros españoles? ¿Irán a España los toreros mejicanos?» En tres días, la misma interrogante se ha multiplicado en los lugares más dispares. La planteó el primer día —cuando aún los ojos se desorbitaban frente a la maravilla de la ciudad, que en diez años se ha agigantado en dimensiones y en belleza— un conductor de taxi, junto a la eterna y policroma romería de la Guadalupana. La oímos anoche en el bar americano del María Cristina. Había veinte turistas norteamericanos coreando bajito el sonsonete obsesionante de «Tengo una vaca lechera...», que repetía la orquestina sobre un fondo recio de guitarras. Y, en fin, aun no hace media hora, en el restaurante del Club de Banqueros —allá en el décimo piso del edificio Guardiola—, de cara a la terraza, sobre la que cae un fino polvo, que es a veces la venganza del lago desecado contra la ciudad que lo mató, otra vez, prendido en la nostalgia del tema español, la pregunta taurina. Acaso la más honda actualidad mejicana esté ahí: entre la conmemoración del rescate del petróleo, la recia postura americana de Méjico en vísperas de la Conferencia de Bogotá y el mitin de Lombardo Toledano en Bellas Artes: en los toros de aquí y en los toreros de España, saltando el Atlántico.

No se trata solamente —con ser ya bastante— de lo que ganará en valores plásticos, en hondura artística, en competencia viril frente a la muerte, el toreo, cuando los toreros de aquí se abran de capa en la Plaza de las Ventas y los herederos de «Manolete» —un nombre que es aquí emoción en toda garganta— vayan, en estos cosos mejicanos —que tienen derroche de cemento y dimensiones de Estadios—, con la muleta desplegada hacia el toro. Es que este ir y venir de toreros sobre el mar ha de ser, entre dos grandes pueblos mayores de edad, el más apretado abrazo de hermandad. Aquí se espera a los toreros españoles. Y se desea que los matadores aztecas triunfen sobre la arena de los ruedos de España. Yo no sé —ni me importa demasiado— qué problemas económicos pueden taponar hasta ahora el anhelo de mejicanos y españoles. Pero sé de la hidalguía de las gentes de mi tierra lo bastante para poder lanzar, como sugerencia emocionada de «Marca» a los periodistas, a los toreros y a los organismos sindicales de España, la de que se alce desde ahí, hoy mejor que mañana, la voz autorizada que reanude el diálogo y las manos que busquen el abrazo. Desde Méjico llegará a Madrid inmediatamente la respuesta cordial. Y el pleito será acuerdo y júbilo entrañables.

Todavía esta mañana los periódicos se han engalanado con la suave belleza de la que es ya esposa del hijo de Rodolfo Gaona, «El Califa de León», que ayer se casó. Y esta tarde, el padre, que mandó en el toreo; la hija, rubia, y su marido, marchan hacia Nueva York, buscando luego la gloria del sol de España. Al partir, Gaona ha hablado de toros y ha recordado al «Gallo». Anteayer aún, Arruza, con la coleta recién cortada, decía frente a un micrófono, junto a la escalerilla del gigantesco «Veracruz», su última despedida a Méjico. Ayer —es cierto— no hubo corrida de toros en Méjico: pero el tema taurino lo llena todo. Aquí esperan esa voz española que anude lo que es demasiado entrañable para estar roto. «Marca» la pide, porque España siempre tuvo la mano abierta para estrechar la mano del hermano. Y porque acaso sea una seria y fecunda embajada, para el futuro que va a llegar, ese ir y venir de trajes toreros sobre un mar que se abrió a golpes de quillas españolas...»

* * *

Hace bien Lucio del Alamo en abordar, de una manera limpia, generosa, con un profundo sentido de hermandad, lo que ha venido llamándose entre los toreros «el pleito mejicano». No se habla ahora de intereses de unos y de otros, cuya defensa tiene cauces de otra naturaleza. Lo que Lucio del Alamo propone es elevar el tono de una cuestión en que andan enzarzados hermanos de tradición y de raza por un quítame allá esos tantos por ciento. Quédese para los organismos competentes establecer las condiciones que regulen un intercambio, en definitiva beneficioso para todos. Lo que Lucio del Alamo pretende es crear el clima para el diálogo. Y a ello nos adherimos con toda cordialidad, por el convencimiento de que un día u otro el pleito se resolverá, y es mejor que se resuelva antes hoy que mañana.

Lo exige un sentido de la españolidad cada día más arraigado en Méjico, que ha superado las turbias maniobras con que unos cuantos despechados quisieron aflojar los lazos fuertes que le unen a España, de la manera como el calamar, en su huida, destila la tinta de su confusión: lo demanda el propio interés de la Fiesta, que no podrá nunca verse favorecido con un sistema de compartimientos estancos poco acorde con el amplio concepto de una inteligencia amistosa: lo reclama un entendimiento que ya se ha logrado en otras manifestaciones del arte, y que en los momentos actuales abarca considerables zonas de coincidencia en empeños de mayor altura.

Por todo ello, lo que importa es que el diálogo se restablezca. Y este es el deseo que Lucio del Alamo transmite, y éste es del que nosotros participamos.

LA PEQUEÑA HISTORIA DE LOS BANDERILLEROS ACTUALES

JOSELITO DE LA CAL mató los primeros becerros cuando contaba once años de edad

Joselito de la Cal (*Foto Mari*)

Un remate del novillero de Chamberí

JOSELITO de la Cal y Segura nació el 16 de agosto de 1913 en una casa del madrileñísimo barrio de Chamberí. Existe en su padre un pequeño antecedente taurino. Un ensayo hizo tan sólo. Fué en la trágica capea de Vicálvaro, de infeliz memoria, que costó la vida a once personas. Y, naturalmente, allí se esfumaron las ambiciones taurinas del progenitor de Joselito, y viendo menos peligro en el Foro que en los ruedos, se hizo procurador.

José se dió a estudiar el Bachillerato como alumno oficial del Instituto Cisneros. El padre, antiguo abonado de la Plaza vieja, lo llevaba a los toros. En el recuento de corridas presenciadas por Joselito sólo han quedado dos borrosos recuerdos: la taleguilla grana y oro de Ventoldrá, atravesada y ensangrentada por un asta de toro, y la lucha de un toro «colorao» de Veragua con un tigre.

Contaba siete años cuando presenció la primera tienta. Fué en la finca de don Heraclio Carreño, y alentado por los concurrentes, saltó al ruedo, y como a las primeras de cambio recibiera un revolcón, se estuvo en el burladero durante toda la tarde.

Al año siguiente acudió invitado por unos parientes, a las fiestas del pueblo de Peal de Becerro. Una troupe charlotesca pasaportó dos becerros, no sin que, invitado por aquéllos, metiera en ambos su capote el pequeño de Chamberí, obteniendo el primer dinero de los toros en forma de un «amadeo», obsequio del usía.

Tres años más tarde cortaba las orejas y rabo de un becerro lidiado en un festival organizado en la placita de la Ciudad Lineal por los artistas de cine.

A la vista del éxito, al domingo siguiente salía, contratado por la Empresa de dicho ruedo, para matar dos erales. Previamente hubo de desembolsar 350 pesetas a cambio de 600 billetes, fácilmente despachados entre amigos y admiradores del barrio. Hizo el chiquillo cuanto le vino en gana, siendo llevado en hombros hasta las Ventas.

A espaldas del autor de sus días, un amigo de éste le organizó en 1927 tres corridas: una en Sepúlveda y dos en Buitrago.

Se presenta en Madrid el 3 de junio de 1928 en un festival matinal organizado por el Montepío Comercial, interviniendo asimismo otro becerrista apellidado Barcelona. José cortó las cuatro orejas de sus dos becerros.

Va a Béjar el 25 de julio, y se encuentra con que lo que allí hay encerrado no es precisamente una becerrada, sino una novillada propia para ser despachada por toreros avezados. Los dos bichos de Alicio Cobaleda pesaron 192 y 208 kilos. Sin embargo, De la Cal no se amilanó, ganando un buen cartel y comenzándosele a tomar en serio.

Cierto día se dió de manos a boca con Retana, que por entonces asumía la dirección del coso de Tetuán.

—¿Eres tú el chaval que tan bien se ha comportado en Salamanca?—le preguntó.

—Sí, yo soy; usted mismo me vió torear.

—En efecto, y tú ¿cuántos años tienes?

Percatado Joselito de la trascendencia de la respuesta y de que declarando la verdad no sacaría nada en limpio, se aumentó dos años a los catorce, que eran los que realmente contaba. El embuste hizo el milagro de que su nombre figurara en los carteles de la novillada del 5 de agosto, juntamente con los del «Vito» y Manuel de la Rosa. Los tres lidiaron morlacos de Zaballos, teniendo Joselito que «despachar», a más de sus toros, uno de De la Rosa, estando en todos superior.

Cobró 850 pesetas y, lo que es más importante, su nombre continuó en las carteleras durante seis corridas consecutivas, saliendo a triunfo por tarde.

Debutó con caballos el 31 de marzo de 1929 en la corrida de Pascua, en Vista Alegre, corriéndose ganado de don José Escolar y alternando con Pepito Fernández y José Rodríguez, «Rufo».

Joselito de la Cal en un pase de pecho

Joselito ovacionado en la Plaza Monumental en la novillada de inauguración celebrada el 26 de octubre de 1934

Como destacaran «Pepito» Fernández y él, la Empresa los repitió al domingo siguiente, superándose De la Cal, siendo paseado a hombros hasta el Puente de Toledo.

A raíz de esta memorable tarde, toreó once corridas seguidas en Carabanchel, acumulando orejas y salidas en hombros.

Preparado así el terreno, vino a Madrid a recibir el definitivo espaldarazo, pero la fortuna, que hasta aquí tan pródiga le había sido, tuvo a bien volverle la espalda. La corrida se celebró el 31 de agosto de 1930, jugándose cinco reses de Terrones y una de Veragua y llevando de compañeros a «Pepehillo» y a «Chiquito de la Audiencia». Los apenas quince años de Joselito cayeron bien en el respetable, y el torero hizo cuanto pudo por agradar. Pero la espléndida actuación del hermano de Curro Caro eclipsó la de sus compañeros; se trataba, además, de la última corrida de la canícula y, por si fuera poco, a José le correspondió un tuerto del izquierdo, al que se fogueó.

A la tercera corrida que toreaba al año siguiente recibió en Zaragoza su bautismo de sangre. El 19 de abril, al iniciar un farol de rodillas, una ráfaga de aire le dejó a merced del novillo de Clairac, resultando con una cogida que le tuvo inmóvil durante veinte días.

Reapareció en León para torerar, en una Plaza portátil, un mano a mano con «Jardinerito». No volvió a vestirse de torero en Madrid hasta la temporada de 1934, que lo hizo en tres novilladas; la última, celebrada el 25 de octubre, de Pimentel, resultó la más grande y peligrosa del año, saliendo a un promedio de 310 kilos.

El mayor éxito de su vida de matador de novillos le estaba reservado en Granada, donde, después de haber toreado dos corridas en Madrid y una en San Sebastián, salió al frente de las cuadrillas con Palomino y «Alcalareño». Lejos de amilanarse ante «el pavo» de 34 arrobas a la canal, de Perogordo, se hizo el amo del cotarro, siendo paseado en hombros por el redondel y sacado por la puerta grande. Y como colofón, le firmaron la repetición, mejorándole los honorarios de 1.750, percibidas el día del debut, hasta 5.500 pesetas.

Surge arrolladora la pareja mejicana Garza-«El Soldado», y al conjuro de la novedad son barridos del firmamento taurino muchas estrellas que, como la de Joselito, parecía brillar con luz propia.

Inútil es que vuelva por cuatro veces a probar fortuna en Tetuán, logrando nuevos éxitos. La guerra civil paraliza las actividades del novillero chamberilero. Al año de iniciarse se pasa a zona nacional por el frente de Brunete. El 12 de octubre lidia en Salamanca ganado de Rogelio M. del Corral, con «Magritas —hijo— y «Revertito». Durante 1938 viste el traje de alamares 28 veces, perdiendo varias por cogida grave inferida por un toro de Manuel González en San Martín de Valdeiglesias, no sin cortarle orejas y rabo.

Reaparece en Madrid el 16 de junio del 39, teniendo que despachar tres toros de Marzal, por accidente de «Magritas». Vuelve el 3 de agosto, fecha de la aparición de Antonio Bienvenida, en terna con «Gallito», ganado de Terrones. Está bien y desenvuelto como siempre, pero José de la Cal, a los veintitrés años, es ya un torero pasado, demasiado visto, condenado irrevocablemente.

Pero, como torero por vocación, no comprende la vida si no es entre los toros, decide hacerse banderillero. Domingo González es uno de los primeros en conocer la decisión de Joselito y le ofreció un puesto en la cuadrilla de su hijo, de la que pasó a la de su hermano Pepe, con el que ha hecho las dos últimas temporadas. Este año, José de la Cal ha aceptado un tentador contrato del caballero rejoneador duque de Pinohermoso, y figura en su cuadrilla.

F. MENDO

Bálsamo Azul

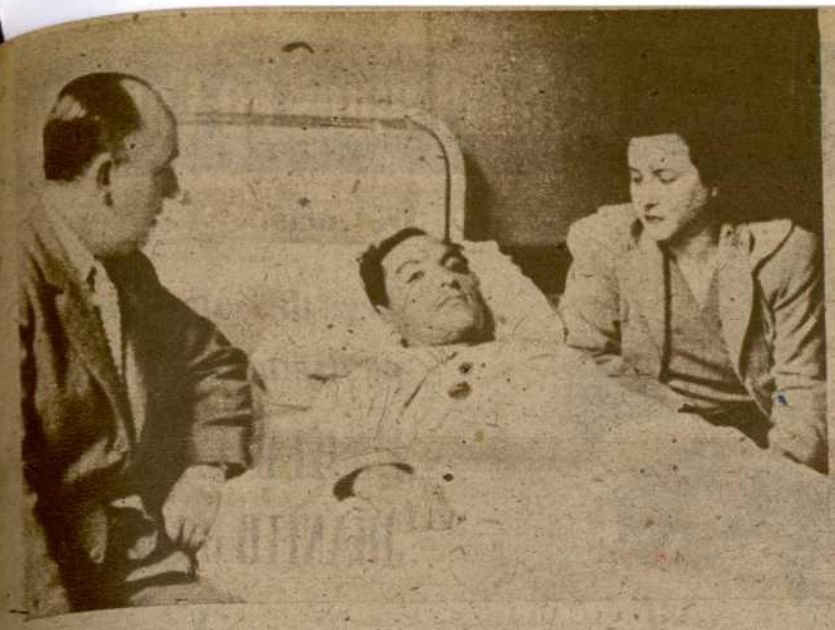
UNGÜENTO ANTISEPTICO

PARA ACCIDENTES Y ENFERMEDADES DE LA PIEL

QUEMADURAS - GRANOS
ULCERAS - HERIDAS

Consejo sanitario núm. 3978

VENTA EN FARMACIAS



POR ESPAÑA Y AMÉRICA

Se suspendió, por lluvia, la corrida de Melilla - "Niño del Barrio", Manolo Navarro, Fermín Rivera, Moreno Reina, "Minuto", Luis Redondo, Pedrín Moreno, "Frasquito", Carceller y López Junquera cortaron orejas - Sergio del Castillo fué herido de gravedad

El pasado jueves, día 1, hubo novilladas en Vista Alegre, Barcelona y San Fernando.

—En San Fernando: Novillos de Escobar. Manuel Rodríguez, un aviso y aplausos. "Diamante Negro", tres avisos y dos avisos. Cervera, dos orejas y rabo y aplausos.

—Procedente de Sevilla llegó el sábado a Madrid el famoso ex matador mejicano Carlos Arruza. Fué recibido por numerosos amigos.

—En una tienta de vacas efectuada en la finca de La Marquesa, próxima a Vadollano (Jaén), resultó cogido el novillero Jesús Rodríguez, de Ronda. De primera intención fué asistido por la señorita Elsie Maller, y después, trasladado a la clínica del doctor Medinilla, de Linares. Más tarde, en una ambulancia, fué trasladado a Madrid e ingresó en el Sanatorio de Toreros. También fué cogido, y sufre una herida de poca importancia en un pie, el novillero Antonio Fernández Almensilla. En la tienta actuaron el matador de toros "El Choni" y los de novillos "Cardeño", Rafael "Lagartijo", "Punteret Chico" y Juan Luis de la Rosa.

—La Sección Taurina del Sindicato Nacional del Espectáculo notifica los acuerdos determinados por la Junta de Matadores de Novillos, que deberán observarse con absoluto rigor la actual temporada en toda corrida organizada por Empresas no profesionales, con el apercibimiento de que, tanto la Empresa como el novillero que no cumpla los requisitos que a continuación se relacionan, serán severamente sancionados.

Primero.—Ningún novillero podrá contratarse por bajo de la cantidad estipulada en el capítulo VI, artículo 38, quedando totalmente suspendidos los anticipos a cuenta del correspondiente contrato.

Segundo.—No podrá contratarse novillero alguno que no tenga cumplida la edad reglamentaria.

Tercero.—Queda también prohibido terminantemente el que actúe el matador y su cuadrilla sin vestir traje de luces, como asimismo en capeas de novilleros profesionales.

Cuarto.—Todos los matadores quedan obligados a llevar su cuadrilla completa, no siendo por caso de fuerza mayor.

Quinto.—No queda obligado el espada a realizar la lidia de la res, si éste comprueba con exactitud que la res ha sido toreada antes de su lidia normal, pudiendo suspender ésta, levantando la correspondiente acta ante la autoridad competente.

Con referencia a la organización de festivales, también se hace constar que, a partir del 15 de febrero hasta el 15 de octubre del año en curso, han sido totalmente suspendidos aquellos en que tomen parte matadores de toros, excepción de aquellos contados

El banderillero Rosales, acompañado de su esposa, y en la clínica donde convalece
(*Foto Valls*)

Sergio del Castillo, herido de gravedad en la Plaza de Sevilla

que por su antigua tradición de fines verdaderamente benéficos han venido celebrándose. A partir del 15 de octubre al 15 de febrero, como ya en estas fechas no originan el lógico perjuicio a las novilladas que han de celebrarse en plena temporada, podrán ser autorizados, con la obligación de que actúe lógicamente un novillero aspirante.

Todos aquellos competentes de las Juntas Nacionales de Matadores de Toros, Novillos y Subalternos deberán velar para que se cumplan con verdadero rigor los acuerdos tomados por este Sindicato Nacional del Espectáculo.

—El pasado domingo, día 4, hubo corridas de toros en Madrid, Carabanchel y Cartagena, y varias novilladas. Por lluvia se suspendió la corrida de toros de Melilla, en la que iban a actuar Ortega, Pepe y Luis Miguel Dominguín.

—En Cartagena: Toros de Manuel González y un novillo de Morcillo. Antonio Bienvenida, vuelta al ruedo y vuelta al ruedo. "Niño del Barrio", oreja en uno y vuelta al ruedo en otro. Manolo Navarro, dos orejas y rabo y ovación. Beatriz Santullano, ovación.

—En Zaragoza: Novillos de Miura. Juan Zamora, ovación y ovación. Adolfo Rojas, regular y bien. Moreno Reina, dos orejas, ovación y salida en hombros.

—En Córdoba: Novillos de Calderón. Manolo González, ovación y ovación. "Cardeño", vuelta y aplausos. Rafael "Lagartijo", regular y bien.

—En Linares: Novillos de Ortega. Miguel Martín, "Minuto", dos orejas y rabo y ovación. "Esparterito", pitos y pitos.

—En Valladolid: Novillos de Encinas. Luis Redondo, ovación y dos orejas. José Manuel Fernández, regular y tres avisos.

—En Alcalá de Henares: Novillos de Eugenio Ortega. Pedrín Moreno, ovación y dos orejas. Luciano Rodrigo, "Ribereño", mal.

—En Burgos: Novillos de Encinas. "Cañitas Chico", vuelta al ruedo. Miguel Gallardo, tres avisos. "Chico de Bilbao", ovación. "Chato de Manzanilla", ovación.

—En Sevilla: Un novillo de Guardiola y seis de Garro y Díaz Guerra. El rejoneador Peralta, vuelta al ruedo. Sergio del Castillo fué cogido por el primero y sufre una herida grave en el muslo izquierdo. Rafael Ortega, breve en el primero, palmas en el segundo, en el quinto y en el sexto, y un aviso en el cuarto. Francisco Sánchez, "Frasquito", dos orejas en el tercero y retirado a la enfermería en el cuarto, que le dió un pitonazo en la mano derecha.

—En Granada: Novillos de José María Vázquez. "Joselete", bien toreando y mal matando. "Cabrerito", regular. Pepe Linares, bien y regular.

—En Villanueva (Badajoz): Carceller, oreja. Manchón, ovacionado. Marimén Ciamar, ovacionada.

—En Lorca: Novillos de Orluño. Beatriz Santullano, ovación. José López Junquera, vuelta al ruedo y dos orejas y rabo. Manuel Marqués, "Posadero", un aviso en su primero, pese a lo cual fué ovacionado; cumplió en su segundo.

—En Goleta (Portugal) lidiaron toros de Samuel Santos el español Jaime Marco, "El Choni", y el portugués Manuel dos Santos. Los dos fueron ovacionados y dieron la vuelta al ruedo.

—En Lima se celebró el domingo la última corrida de la temporada. Se lidiaron tres toros de La Punta, dos de San Mateo y uno de La Viña. La sustitución de un toro de San Mateo por otro de La Viña fué causa de un formidable escándalo. Antonio Velázquez, que fué cogido por sus dos toros, estuvo valiente; pero desacertado con el estoque. Gregorio García, breve en uno y bien en otro. "Parrita" dió la vuelta al ruedo en el tercero y cumplió en el sexto.

—En Méjico: Toros de Heriberto Rodríguez. Fermín Rivera, bien en el primero, cortó las dos orejas y el rabo del cuarto. "Calesero" perdió la oreja del segundo por no acertar con el estoque, y estuvo breve en el quinto. Félix Briones, valiente en sus dos toros.

—En la enfermería de la Plaza de Toros de Sevilla facilitaron el siguiente parte facultativo: "Sergio Hermida sufre una herida producida por asta de toro en el tercio medio de la cara interna del muslo izquierdo, que interesa piel y tejido celular, aponeurosis y músculo sartorio. Pronóstico grave. Pasó a una clínica. "Frasquito" sufre una herida por asta de toro en la región palmar de la mano derecha, interesando la piel, tejido celular y aponeurosis. Pronóstico menos grave.—*Doctor Nandín.*"

—La Plaza de Toros de Ciudad Real ha sido arrendada por don Victoriano Caballo Calderón, y la de Almagro, por don Carmelo Gorondo y don Aniceto Sánchez Toledo.

B. B.

Corrida de toros en Cartagena, el domingo, y novillada el lunes en Valencia

Cartagena:

Toros de Manuel González

Antonio Bienvenida, "Niño del Barrio", Manolo Navarro y Beatriz Santullano

Los primeros «valientes» de la Plaza de Cartagena, que ocuparon las barreras después del chaparrón

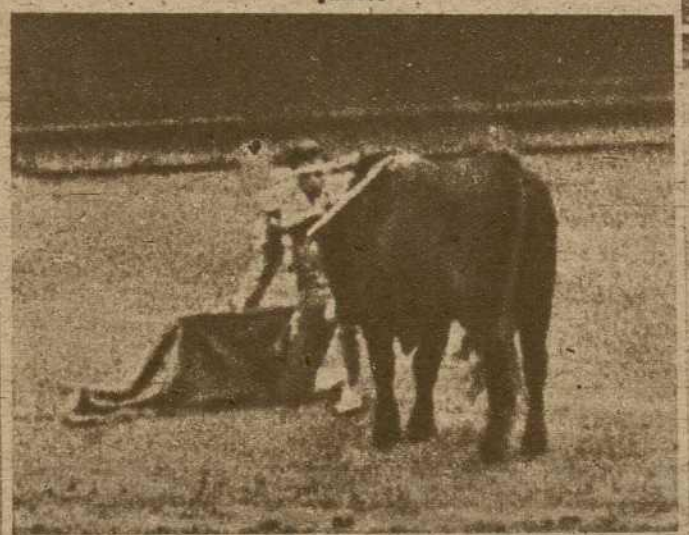
Valencia:

Tres de Gallardo y tres de Atanasio Fernández

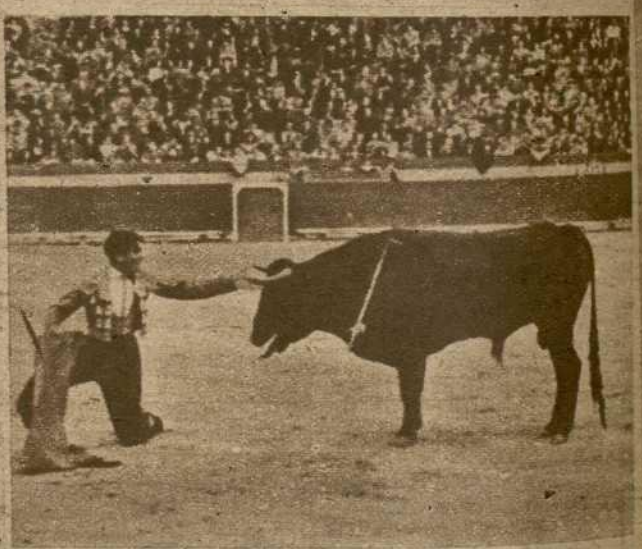
PABLO LALANDA, JUANITO BIENVENIDA y "DIAMANTE NEGRO"

Antonio Bienvenida toreando en redondo con los pies juntos

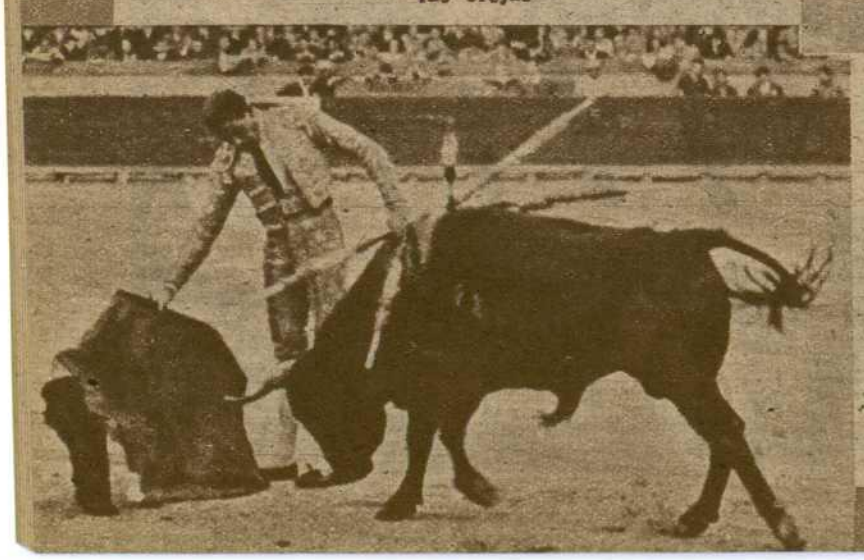
Un lance del «Niño del Barrio»



Un adorno de Manolo Navarro en el toro del que cortó las orejas



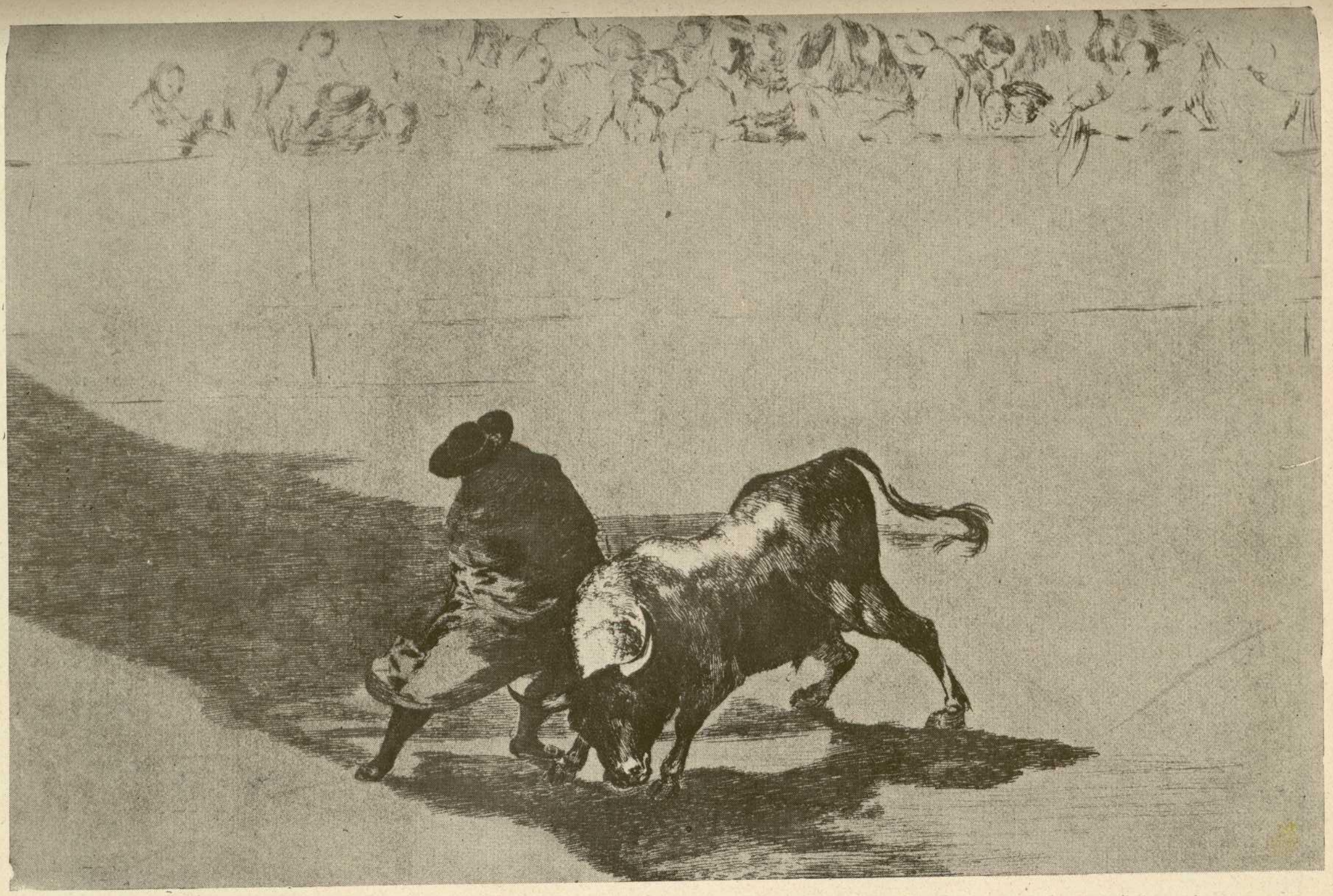
Pablo Lalanda en su segundo en la novillada del lunes en Valencia



Beatriz Santullano actuó en dos corridas el día 4. Llegó a la Plaza de Cartagena a las siete y veinte de la tarde, después de haber actuado a primera hora en Lorca

Juanito Bienvenida en la faena de muleta a su segundo novillo, del que ← cortó la oreja

Una verónica del «Diamante Negro» en su segundo (*Fots. Saez y Vidal*)



«El diestrísimo estudiante de Falces, embozado, burla al toro...» *(De «La Tauromaquia», de Goya)*

Juan Yust.—La larga rondeña